

EL MONO AZUL

Publicación de la ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS

AÑO III.—NUM. 46

Madrid, julio de 1938

Precio: 50 céntimos

UN CEREBRO ENTRE LAS BOMBAS

JACINTO BENAVENTE DI FINE A LA FACCIÓN

Mudo, ágil, metido en su alma, el maestro Benavente repasa por las calles de Valencia. Una vez son unas cuartillas, otra una sálida a escena, otra una entrevista, y después retorna a su silencioso vivir. Sin estrépitos, sin relumbros publicitarios.

Ho y nos trae la voz de don Jacinto la pluma de Jean Brame, que desde "Petit Niçois" lo presentó al mundo como "Un cerebro entre las bombas".

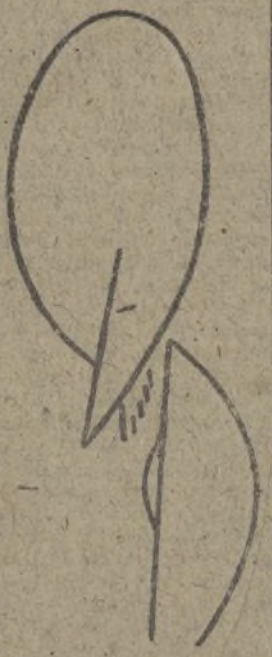
Jean Brame escribió. Y don Jacinto dijo:

"He ido estudiando al pueblo, descubriendo sus cualidades y sus virtudes hasta llegar a ser una parte integrante del mismo. Lo veo en el trabajo, lo escuché cantar bajo los naranjos en la claridad radiante de nuestro sol meridional y tomé parte en sus paseos por los jardines de Madrid."

Observándole me he inspirado y he podido producir libros, teatro. A él se lo debo todo.

Sobrevino la subversión rebelde y criminal, desencadenando sobre este pueblo, al que tanto quiero, un huracán homicida, cuya violencia es mucho mayor que la de todas las invasiones pasadas juntas.

No he titubiado, y desde los primeros días me puse al lado de la víctima, contra el verdugo, y a su lado lucharé hasta el final.



El fascismo, estoy segura, es el hijo sangriento de la Inquisición; se apodera del trabajo para explotarlo, del heroísmo para envilecerlo, de la gloria para mancillarla, del pensamiento para prostituirlo. Yo no puedo estar a su lado.

He firmado el manifiesto de los intelectuales a favor de la República.

Unas veces aviones, otras los barcos. Y esto cada día, cada noche. He tenido que interrumpir mis trabajos.

Los peligros y las dificultades de la guerra han fortalecido mis sentimientos republicanos.

Prefiero caerme de inanición o morir aplastado por las bombas antes que postrarme a los pies de los invasores. Nada podrá hacerme ceder. Y así somos millones y millones.

Escribo a los amigos que tengo diseminados por el mundo. Me dirijo a los intelectuales democratas y libres de numerosos países para que trabajen con tenacidad en ayuda al pueblo español, que lucha, no sólo por su existencia, sino por la libertad y la cultura universales. Muchos luchan en favor de nuestra causa. Otros no quieren oír nuestro llamamiento, que debe encontrar, sin embargo, un eco en todas partes donde laten corazones humanos. Los que de lejos contemplan impasibles los horrores que padecemos, ¿tienen conciencia? ¿Merecen aún el título de hombres?

En página 8:

**LOS INTELLECTUALES
ASELINADOS**
(Réplica a Mirañón)

por FELIX GORDON ORDAS

CARTA DE FRANCIA

UN AÑO DE TEATRO EN PARIS

Por H. R. LENORMAND

Las convenciones que el Gobierno ha acordado a los teatros del Cártel, con ocasión de la Exposición, el nombramiento de cuatro directores del Cártel para los puestos de directores escénicos de la Comedia Francesa han afirmado la supremacía de este reagrupamiento teatral. Desde ahora, las palancas del mando están en las manos de Baty, Jouvet, Dullin, Copeau, Rocher y Pitoëff. La perfectamente equitativa que hombres de este temple, que han sacrificado su vida al teatro combativo por sus fines únicamente artísticos, que han conocido las penas de la hostilidad, disfruten antes de su vez de la gloria y el éxito material.

Este éxito trae aparejado, además, matices y grados. Jacques Copeau no tiene teatro y puede que no desee asumir los riesgos de una explotación regular. René Rocher, que dirige el Vieux Colombier, no lleva vida fácil, la sala pequeña le obliga a no elegir más que pocos personajes y le condena a la necesidad de éxitos clamorosos. Además, su gusto personal le lleva al esplendor y a la audacia. Pitoëff, en el teatro Ma'hurins, sigue en el puesto primero de la avanzada literaria. Su fidelidad a los poetas, su intransigencia en las concepciones escénicas le traen peligros que conoce, pero que rehúsa conjurar. Dullin conserva la misma fidelidad a su temperamento y a su pasado. Pero lo que ama en el teatro es más fácilmente amable a los ojos del público. El "Atelier" conoce una existencia material, si no holgada, al menos posible.

Son Gastón Baty y Louis Jouvet los que han acertado mejor a convertir al público a su estética teatral. Jouvet continúa representando los clásicos con el seguro instinto de realzar en ellos lo que se presta a rejuvenecimiento, a darles para nueva y sorprendente ante el público contemporáneo.

Para el repertorio moderno sabe manejar textos más intelectuales que sensibiles, salvarlos de la sequedad y madería. Por el prestigio de su arte, tan personal, consigue interesar al público en obras difíciles, a quienes la emoción dramática llevada al extremo repelería. Por el contrario, abandonándose a este temperamento

(Pasó a la página 6.)

UN AZOTE DE LA HUMANIDAD

El arbitristo político

Focas gentes han causado tanto estrago y originado tantas perturbaciones a la Humanidad como los arbitristas políticos, nacionales e internacionales; principalmente estos últimos.

Los arbitristas, por lo general excelentes padres de familia y perfectos ciudadanos, ruñen por exceso de lecturas y reumáticos por falta de ejercicio, fanáticos adoradores de la diosa Razón y acérrimos partidarios de toda causa objetiva e inofensiva, poseen métodos de trabajo, procedimientos discursivos y vías de solución peculiares. Para los arbitristas, la vida de los pueblos no debe regirse por leyes propias, determinadas por el medio físico, el material humano, las costumbres, las tradiciones, la cultura, etc., sino por normas racionales, elaboradas reflexivamente por doctos y sesudos varones. ¿Se presenta un problema social complejo o una grave situación internacional? No hay que apurarse; los arbitristas están siempre al quite: se reunirán unos cuantos en un despacho, cerrarán herméticamente puertas y ventanillas, examinarán abstractamente la cuestión a la luz de los focos eléctricos y de sus ilustradas mulleras, y, a la postre, hallarán una fórmula conciliatoria de los intereses en pugna. Forzoso es resaltar que estos prohombres prosiguen la altísima finalidad últimamente señalada: encontrar fórmulas que armonicen los más opuestos intereses o concilien las aspiraciones más antagónicas.

Nocivo en todo tiempo, el arbitristo político toma en la Edad Contemporánea los caracteres de un verdadero azote de la Humanidad. Sólo con referirnos a las manifestaciones más ostensibles e importantes de arbitristo conocidas en siglo y pico: el Congreso de Viena (1815) y el Congreso de Versalles (1918), quedará corroborado este aserto. A los cuatro vientos han sido pronunciadas sus tuestas consecuencias, y huelga, por ello, revisarlas aquí. Conviene, eso sí, que destaquemos brevemente la distinta justificación doctrinal que debemos atribuir a cada una de ellas.

El arbitristo en que incurre el Congreso de Viena es corolario obligado de los principios que informan la Santa Alianza de monarcas legitimistas. Le preocupaba a ésta extirpar las rebeliones populares, prendidas y atizadas dondequiera por la Revolución Francesa, e implantar de nuevo en todas partes, para evitar ulteriores desvarios, los puros principios absolutistas de los reyes de origen divino, de los territorios y pueblos patrimonio o pertenencia de los soberanos. Natural y consecuente debe parecernos que la coalición de príncipes legitimistas mate los anhelos populares y ahogue los sentimientos nacionalistas.

Por el contrario, absurdo e inandito, deplorable y bochornoso, tiene que parecernos la apelación a idénticos expedientes hecha un siglo después por los retores de las más tradicionales democracias. A estos personajes históricos, reunidos en Versalles en funciones de taumaturgos de la Europa torturada, su ideología les dictaba una solución democrática, les obligaba a escuchar el clamor de los pueblos, a recoger las pretensiones nacionales, a favorecer las inclinaciones políticas mayoritarias. Algo les impide, sin embargo, pronunciarse con arreglo a sus preceptos doctrinales; y es que en Versalles representaban, además de unos principios dogmáticos, unos intereses materiales: los intereses de las clases dirigentes de sus respectivos Estados. El antagonismo entre éstos y aquéllos, disyuntivamente formulado, o principios o intereses, se ven forzados a resolverlo como las clases dirigentes lo han resuelto siempre: supeditando los principios a los intereses, negándose idealmente y afirmándose mate-

rialmente. Había que dar satisfacción a las exigencias tangibles de los grupos detentadores del Poder político en los países vencedores, fuera como fuera, y así se hizo. Para ello se procedió como si no existieran los pueblos, las razas, la Geografía ni la Historia: se partió Alemania en dos, fué descuartizada Austria, se despojó a la U. R. S. S. del litoral báltico, se privó a muchos Estados de importantes fuentes de vida, etc.

Con estos antecedentes a la vista, ¿puede extrañarnos que una pavorosa tempestad comience a desatar sus terribles furias sobre el mundo? No; esperábamos una cruel expiación de los crasos errores cometidos en Versalles; esperábamos la violenta revancha de la Geografía atropellada, de la Historia ofendida, de las razas vejadas, de las naciones oprimidas...

A estas alturas, parece natural que reinara absoluta unanimidad sobre la causa de los males que sufre el mundo. ¿Tantos son los cataclismos que la pregonan! Los acontecimientos de los últimos años confirman, por desgracia, más bien lo contrario, pues ni los promotores de la situación actual se muestran dispuestos a reconocer sus descomunales yerros ni a prescindir de sus desacreditados procedimientos. Antes, al revés. Han elegido precisamente estos momentos, en que la repulsa de sus métodos es más general, para volver a la carga con una terquedad rayana en lo maníaco. Desde que comenzó la guerra contra España presenciamos un recrudescimiento del arbitristo. Raro es el día que amanezca sin traernos una nueva solución, o, por lo menos, alguna variante de solución preconizada días antes. Todo el mundo sabe lo que quiere el pueblo español; pero los arbitristas, sobre todo los que se inspiran entre la niebla espesa, el humo aromático de los pitillos rubios y el vaho acre del té, se obstinan en dar a nuestro pueblo, como a los niños y a los perros falderos, no lo que quiere, sino lo que le conviene.

No se alarmen, pues, los que oigan o lean que ha sido lanzada una nueva solución, tan química como las anteriores, y anónima en la cuenta de los incorregibles arbitristas. Y no cierren por ahora esa cueva. Prepárense para escribir en ella, más tarde o más temprano, eso no importa, como último asiento, la solución que dicte el pueblo español.

Envío a un amigo inglés.—Cada vez creo menos en el realismo político tradicional de tus conciudadanos. ¿No sois vosotros, los ingleses, los autores del célebre y sustancioso adagio "Los hechos son muy testarudos"?

José MIRANDA

CATALANES EN MADRID

JAIME MIRAVITLLES, comisario de Propaganda de la Generalidad de Cataluña, escribe un libro sobre el viaje de los artistas catalanes a Madrid con motivo del primer aniversario de nuestra defensa. EL MONO AZUL envía un saludo a las tierras catalanas, hermanas en heroísmo, en sangre derramada, en deseo de independencia, en amor a la Patria.

(Texto, en la página 4)



BODAS DE SANGRE

EN PARIS

La "Nouvelle Revue Française" publicó en los números de abril, mayo y junio una traducción de "Bodas de sangre", de Federico García Lorca, hecha por Marcelle Auclair y Jean Prévost.

Elogiada por la crítica, ha sido escogida esta versión por Marcel Herrand y Jean Marchat para representarla en el teatro El Telón de París, donde ha tenido un magnífico éxito.

La Asociación de Escritores para la Defensa de la Cultura ha patrocinado estas representaciones.

BURUNTZA

Por José RAMON ALONSO

Estaba Ramón Elola junto al río, bajo chopos rumorosos, ajeno a la guerra. Era escritor. Vasco de nacimiento.

En aquel instante, él, que de continuo se abstraía en la contemplación del agua, miraba de espaldas al río el humo de una aldehuela.

Su hermano de dos años Vixentito le advirtió con encanto infantil:

—Mira pronto al río, Ramón, que se va...

Y Ramón obedeció.

Ya la guerra venía por los montes. Los requetés, armados con fusiles alemanes, avanzaban por el Norte y el Sur a la busca de San Sebastián. Le moral de los leales era extraordinaria.

—¿Avanzan esos navarros?— preguntaba Ramón de cuando en cuando, en su casa.

Y eran sus hermanas quienes le respondían:

—Venimos de la calle. Y dicen que no. Afirman que son unos cuantos.

Callaba Ramón. Si sólo son unos cuantos—se decía al cabo—nuestros muchachos se bastan para contenerlos. Y tornaba a sus chopos y a su río.

Pero en casa quedaba su madre con sus cinco hijas y con su esposo, que era en el fondo una hija más. La madre era una plena mujer, y le desazonaba que en su hogar todo fuese mujerío. Le desazonaba que hasta su

Ramón, a quien ella creyera el único hombre de aquella morada, ahora rehuyese el riesgo de las armas y continuase con su pincel y sus libros, a la vera de los chopos.

Ya el ingenio murmurador de las vecinas había picado en el nombre de Ramón. Varias veces su madre oyó en el portal voces como éstas:

—No son todos, no, como mi hijo, que lleva ya dos semanas en el frente.

—¡Hija, qué quieres! No todos tienen aquello que deben tener!

Cuando volvía Ramón, su madre se lo contaba todo. Ramón, entonces, se asomaba por un instante a la ventana; cortaba unas hojas de hierbabuena, y se paseaba por la estancia oliéndolas embelesado.

Se intrigaba su madre.

—¿Qué dices a eso, Ramón?

Ramón tornaba a oler la hierbabuena. Sonreíase con una nueca y volvía a pasear. Su madre comprendió más tarde que en aquellos paseos de Ramón residía la respuesta.

Comprendió que todo el ímpetu que Ramón demostró más adelante disimulábase en su indiferente pasear.

Entre tanto; la guerra continuaba. Había caído Tolosa en poder de los facciosos, y ahora las tropas de Mola avanzaban hacia Andoain. Ocho kilómetros más y llegarían a Lasarte. Comenzó Ramón a prestar mayor interés a la guerra. Permanecía en casa, escuchando los relatos que sus hermanas traían de la calle:

—Dicen—contaba una—que entran en los caseríos y cortan los pechos de las mujeres.

—También dicen que fusilan a todo aquel que cogen. Primero les sacan los ojos. Le queman los pies. Luego le dan cinco tiros.

La hermana menor, la rubia Catxalin, concluía:

—Sí, y abrasan los caseríos.

Ramón, que sencillamente vivía en la luna; Ramón, que no conocía a los hombres, negaba enérgico:

—No puede ser. No es posible que nadie cometa esas crueldades.

Pero un domingo del mes de agosto de 1936, a las cinco y media de la tarde, asomóse con su madre a la ventana. Daba la ventana a la carretera principal. Era inenarrable el desasosiego del pueblo. Iban de boca en boca las noticias más ciertas y los rumores más fantásticos:

—Dicen que por la parte Norte, los requetés se hallan a las puertas de Rentería. Y que por ahí, por el Sur, ténese de un momento a otro la caída de Andoain.

—¡Pero si no tenemos armamento!

Con estrépito de bocinas pasaban las camionetas atestadas de mujeres, de niños, de viejas y de ancianos. Iban todos sucios, los ojos atónitos, entre sacos y colchones. Lloraban algunos niños. Había comenzado la evacuación.

Fue entonces, en aquel mismo instante, cuando Ramón, tocado por la guerra, despertó. Más tarde lo había de afirmar mil veces:

—Para mí, la guerra ha sido algo que sencillamente me ha despertado. Algo que me ha colocado entre los hombres.

Acometido de súbito por un furor tremendo, rojo, encendido, a punto de llorar y de destrozarse el mundo, dió un pufetazo en la ventana y exclamó:

—¡Oh, esto no puede ser! Voy ahora mismo al frente.

Sin despedirse de su madre, bajó las escaleras a punto de descalabrarse y se dirigió al Comité. Iba por la calle con paso firme y rápido, la mirada fija en un punto, heroicamente despierto. El Comité lo componían nacionalistas vascos, comunistas y anarquistas. Entró atropellando la guardia y sus primeras palabras fueron:

—¡A ver, un fusil! ¡Me cago en Dios! ¡Esto parte el alma!

Los del Comité se sonrieron con tristeza:

—No tenemos ni un fusil, Ramón.

—¿Que no lo tenéis? ¿Pero qué guerra es ésta?

Vocaba por los rincones terrible, frenético:

—¿De modo que hay aquí un hombre que quiere salir al frente a dar sus huesos, a aplastar a esa cabronería y no puede ir porque no hay un fusil? Pero, me cago en Dios...

—¡Qué quieres! Nos han comunicado que nos los mandarían. Se trabaja en Elbar de día y de noche. Pero, mientras tanto, no hay ni escopetas de caza. Se lo han llevado todo.

Tornó a su casa. Pero ya con el propósito firme de luchar. El hallaría un fusil o una escopeta.

Fue su amigo Julián Beguiristain quien una noche le dió un rifle y un puñado de balas.

Era la primera vez que Ramón tocaba un arma de fuego. En un portal, Julián le enseñó el manejo. Por no alarmar a sus hermanas, Ramón dejó el rifle en un bar, con la promesa de recogerlo al día siguiente para salir al frente. Y a salir en el mayor secreto. Apenas si pudo dormir, deseoso de que amaneciera. Levantóse con la primera luz del alba y recogió su rifle. Diéronle en el Comité un mono azul, y con las balas en los bolsillos subió con un grupo al monte Buruntza.

Ya allí, escuchó Ramón los primeros tiros. Corría al pie del monte la carretera. Estaban al otro lado los requetés. El teniente que mandaba el pelotón anuncióles que a las dos entrarían en las trincheras. Ramón, entre tanto, curioso por el terreno. Entró en la ermita de gruesas piedras, rodeada de árboles, que servía de refugio a los milicianos, y contempló el Cristo grande y feo que se elevaba sobre el altar. En aquel instante, un muchacho gallego, de los puertos de Pasajes, tirándose el fusil a la cara apuntaba a la imagen:

—Yo le pego un tiro a ese tío.

Al oírlo, Ramón se sonrió. Era la primera vez que le caía en gracia una broma antirreligiosa. Curioseando por el altar halló una ingenua carta de una muchacha al Cristo pidiéndole acierto en la elección de esposo.

Fuera de la ermita, el teniente, bajo unos pinos jóvenes, cantaba, coreado por un grupo de vascos, gallegos y castellanos:

“La hija de la tabernera gasta pañuelos de hilo. Bien puede, la puñetera, con el agua que echa al vino.”

No había disciplina. No había Ejército. No había sino hambre de aven-

tura, curiosidad de la guerra, barullo, juerga y entusiasmo. Al teniente escuchábanle cuando cantaba. Pero, si daba una orden, en seguida lo remitián al diablo.

Examinó Ramón a la gente y vio que había allí jóvenes de todos los puntos de España.

Castellanos de Valladolid y andaluces de Córdoba, marinos gallegos que hacía tiempo habían sido atraídos por la industria guipuzcoana. Figuraban también fuertes caseros vascos, con las blusas olorosas a manzanos y las albarcas transidas de hierbabuena.

El teniente tornó a cantar:

“En la oscuridad de un cine se oyó una voz que decía:

—Quita de ahí, demonio. ¡Jesús, qué mano más fría!”

Animáronse los vascos y comenzaron a cantar el “Guernikako Arbora”. Uno de ellos, Peru Miquel, terminó el himno, prosiguió:

“Maritxu, Maritxu, Bibi-tzen badakisu Goisian goisian chokolatía Arratzaldian kolpetzu.”

Ramón, que soñaba con la hora de los tiros, sonreía embelesado de aquella sencillez, de aquella fuerza, de aquella picardía. Comprendió por primera vez que había algo que sustentaba el espíritu de un artista con aliento más profundo que el de los libros. El, aunque vasco, no cantaba, entretenido por la admiración.

Oyó de pronto, entre el rumor del aire que agitaba los pinos, la música ingenua de una armonica. El teniente y los milicianos vocearon:

—¡Esquinas, Esquinas: ven acá y canta el romance de “María la Pelona”!

Esquinas, un aventurero de Córdoba, alto y delgado, rostro de intelectual con dentadura de vieja, acudió presuroso. Preparó a la gente con breves advertencias para su intervención en los coros y, con voz recia y lenta, comenzó:

“La María la Pelona se lo esquiló esta mañana, y estándoselo esquilando se dió una tjeretada.”

CORO

Que con el rengue de la Pepa, que con el rengue de la Juana.

Tiró esa calle arriba como una desesperada. Y entró en un cuarto oscuro que San Juan de Dios lo llaman.

CORO

Que con el rengue de la Pepa, que con el rengue de la Juana.

Le salió un capuchino de esos de la barba blanca. —¿Qué quiere la muy devota, qué quiere la muy cristiana?

CORO

Que con el rengue de la Pepa, que con el rengue de la Juana.

—Aquí vengo, padrecito, a curarme cierta llaga. —¿En qué sitio o en qué parte tiene la mujer la llaga?

CORO

Que con el rengue de la Pepa, que con el rengue de la Juana.

—Más abajo del ombligo, como cosa de una cuarta. Al subir las escaleras la tendió como una rana.

CORO

Que con el rengue de la Pepa, que con el rengue de la Juana.

Le echó treinta respuestas como la religión manda. Monaguillos a la puerta a dos manos la cascaban.

CORO

Que con el rengue de la Pepa, que con el rengue de la Juana.

Acabó Ramón, con aquel romance, de persuadirse a que debía huir de la soledad y refugiarse en el pueblo. A que debía trocar los altos chopos de corteza y savia por altos hombres de sangre y hueso.

Avecinábale la hora de la comida y ya algunos milicianos se encaramaban a las rocas más altas para observar la llegada de los mulos.

Estaba ahora el teniente muy preocupado en describir la suciedad de su cuerpo:

—Llevo ya tres semanas aquí—afirmaba—, y estoy que no hay por dónde cogermé.

Y sacaba un pañuelo sucio, que crepitaba al desdoblarse.

—Con poco os espantáis. Si vierais los calzoncillos y la camisa...

Metía las dos manos por los sobacos y derramaba la mehuda caza por la hierba.

Burlábanse los milicianos. En cambio, a Ramón se le retorció la saliva.

Llegaron al cabo los mulos y llamaron a comer. Era muy viva el hambre de todos. Tiempo hacía que Ramón no experimentaba tal apetito. Comenzaron a servir. Pero revolvióse a Ramón el estómago cuando advirtió que era el propio teniente quien cogía las tajadas de bacalao y las repartía entre los milicianos. Procuró vencer la profunda repugnancia y satisfizo su hambre.

Ya no faltaba sino media hora para plantarse en los parapetos. Salíó de la ermita y desde lo alto del monte contempló las lejanías. Veíase desde Buruntza San Sebastián, abrazado por el mar, ceñido de montañas. En aquel mismo instante tiraban sobre la ciudad el “Cervera” y el “Velasco”. Se distinguían los fogonazos de los cañones. Veíase también Lasarte. Veíase su pueblo. En él radicaba su casa, con sus padres, sus hermanas, sus libros, sus tientos de hierbabuena y su perro Mitzl Kipling. Pensó por un instante en lo mucho que sus padres y sus hermanas habían de admirar su valentía cuando se enterasen. Pero acaso ¿no se habrían enterado ya?

—¡Oh, estarán medrosos por mi suerte!” Cortó Ramón una ramita de pino y mordisqueándola, extrañamente feliz y melancólico, tornó a la ermita. Le faltaba menos para empuñar el arma. ¿Pensaba acaso en la muerte? Ni por un instante se le ocurrió tal idea. Era la primera vez que cogía un rifle, e imaginábase con él invulnerable.

Al cabo, el teniente dió la voz de marcha. Se apresuró Ramón a obedecer. Sorteando robles y pedruscos llegaron a la trinchera. Había allí ocho milicianos y cuatro guardias civiles que no hallaron aún ocasión para pasarse al enemigo.

Ramón preguntó:

—¿Dónde están esos cabrones de requetés?

—Más allá de la carretera. ¿Ves aquel maíz y aquellas casás?

—Sí.

Ya los guardias se alejaban. Ramón cargó el rifle. Ardía en deseo de disparar. Durante cinco minutos avizoró

la casa y los maizales. Pero no vio a nadie. ¿Dónde diablos estaba el enemigo? Lleno de impaciencia imaginó un requeté, lo colocó a trescientos metros e hizo fuego. Preguntáronle los milicianos con gran ansia:

—¿Has visto algo, Ramón?

—No. Me había parecido.

Daban los parapetos a la carretera de Andoain. Eran parapetos de segunda línea. El verdadero tiroteó sonaba un kilómetro más adelante. Escuchaba Ramón con gozo aquel cantar de la pólvora. Se imaginaba a los enemigos frente a frente, con las caras rojas y sudorosas, los ojos encendidos y una gran presteza en las manos para cargar los fusiles.

—Puede que en breve nos ataquen también y tengamos ese tiroteó—pensó para consolarse.

Pero una hora después la calma proseguía. Ramón no pudo más. Fue entonces cuando se fijó en el sargento y le dió una gran voz:

—Oye, tú; mándame allí, donde hay jaleo. Esto es más soso que la hostia. Había adquirido ya el lenguaje del pueblo.

A las tres de la tarde, los facciosos comenzaron a descargar su artillería sobre Hernani. Pasaban los obuses por el aire con ese rumor del nadador que rompe el agua. Dos cayeron en el cementerio. Los otros levantaron grandes polvaredas al estallar sobre las casás:

—¡Bandidos!

—¡Criminales!

—¡Tirad aquí, canallas!

Comenzaron a silbar nuestros cañones de Santa Bárbara. Ramón los escuchaba entusiasmado. Del monte de Santa Bárbara habían traído su perro Mitzl Kipling. De aquel monte se acordaba él todos los inviernos, cuando más arreciaba el granizo, sin que supiera por qué.

Avisó de pronto un miliciano:

—¡Mira, mira, mira!

Se distinguían a lo lejos algunos grupos enemigos. Pasaban los requetés de una casa a otra disimulándose en los maizales. Ramón disparó. Dispararon inmediatamente todos. Según el sargento, él había visto desplomarse a dos. Fue indescriptible el entusiasmo de Ramón. Entonces, por primera vez, soltó aquel grito suyo que había de sonar en Irún y en Rentería, en todos los frentes guipuzcoanos, trocádo ya en grito de los combatientes:

—¡Vengan putas y requetés a todo pasto!

Ramón, que una vez había sido incapaz de matar un gorrioncillo cazado en unos huertos por Catxalin, experimentaba ahora un gozo inmenso cada vez que pensaba que con su rifle había matado dos requetés. Creyó por un instante que su arma era más poderosa que el rayo.

Al anochecer los relevaron. No había cena. Y a la luz de unas velas halladas en la ermita subieron a acostarse. Oía la estancia a yerba, a roble, a monje. Tendido Ramón sobre las tablas no alcanzaba a conciliar el sueño. Moistábase en extremo la ausencia de la almohada. Al cabo halló unos ornamentos sacerdotales en un armario. Un miliciano le dijo:

—Son del cura que venía a decir misa una vez al año.

Ramón hizo un lío y apoyó la cabeza. Pero no lograba dormir. Aquella dureza del suelo robábale el descanso.

Durmióse al fin. Pero a las cuatro de la mañana, cuando le despertaron para relevar la guardia, vio con asombro que se encontraba seis metros más allá de donde se había acostado.

Topó al salir de la ermita con Pachiku y Mantxalin, dos dinamiteros vascos de avanzada edad. No tendrían menos de cincuenta años.

Decía Pachiku:

—Prepara la dinamita. Y el otro:

—Vamos.

Supo después que aquellos dos viejecitos jamás cogían el fusil. Localizaban durante el día las ametralladoras del enemigo:

—Esa por allá te suena, Mantxalin. Por aquel casa.

—Así te es, Pachiku.

A las dos o a las tres de la madrugada cogían la dinamita y se iban. Sonaban a lo lejos unos estruendos y, sencillamente: volaba la ametralladora.

Ramón montó la guardia. El cielo destilaba un rocío fino, imperceptible.

—He vivido ciego hasta ahora. He vivido en la nada. En el humo. Están todos aquellos tipos y personajes que yo buscaba para mis obras...

Brincaba su pensamiento:

—Nosotros debemos vencer. Nosotros venceremos por ley histórica. Somos nosotros la sinceridad. La verdad. ¿Cuántos campesinos que ha-

EL TORO IBERICO



Con ancho pecho y corazón sonoro y sangrante la dura calavera, enardecido el toro, levantando la frente justiciera.

Ya clavándose firme está en la arena, con el asta violenta, levantando la boca en la que truena, sintiendo por su sangre la tormenta que todo el aire llena.

Ya por el aire surge derribando con sordo poderío, y candaloso y ciego va avanzando cual desbordado río que a la callada tierra va ocultando.

Por las riberas que su sangre baña, erguido vence el toro; tan sólo de la muerte se acompaña y del mugir sonoro que pronto sonará por toda España.

Toro español de dura calavera, clavado está en su suelo y levantando el asta brava y fiera, amenazante al cielo, mugiendo sordamente en la trinchera.

Rafael MORALES

Hablando con JUVENCIO VALLE

—¿Qué buscan en España los escritores del mundo cuando la visitan? —Los escritores del mundo? Solamente puedo hablar en mi nombre. Yo he venido, por ejemplo, buscando el asunto pueblo. He querido respirar su atmósfera, sangrar o crecer en ella. Y no para satisfacer un apetito literario, sino por adhesión y amor a una causa social. He querido ver cómo responde el pueblo a la demanda de su propia vida. Cómo hace la vida de la guerra; cuál es su temple o su moral. Y no avanzo un metro por las calles de Madrid sin que la respuesta me salte al paso. Fuera de España las gentes se imaginan que aquí la población civil vive metida en los sótanos. Ven a las mujeres llorando detrás de las puertas; a los niños, mudos y atemorizados, junto a las faldas de sus madres. Ha sido para mí una satisfacción muy grande constatar que es todo lo contrario. Mientras los obuses lueven sobre la ciudad, haciendo su carnicería diaria de ancianos, mujeres y niños (los hombres están en los frentes), este pueblo ametrallado responde serenamente con el desprecio y el asco a sus asesinos. Esto me colma de satisfacción y de esperanzas, porque me da alas para soñar de que así también algún día los otros pueblos del mundo, cuando se cansen de ser aguijoneados por la espalda, sabrán responder con el mismo gesto del heroico pueblo español. He necesitado llegar a este frente de batalla para darme cuenta de toda la escoria y podredumbre que corren por el mundo. Aquí no existen el señorito exquisito y la señorita inverosímil como un altar. Los hombres llevan la cazadora húmeda del barro de las trincheras, y las más bellas muchachas atraviesan el corazón de Madrid con sus cestas de legumbre al hombro. Y van doncellas, como si llevaran flores frescas para una boda: huelen a violetas. Lo veo claramente; en adelante, mi recuerdo de Madrid estará siempre iluminado por este nimbo de extraordinaria

ria grandeza con que ahora lo miro. Hay sangre por las calles; cada mujer guarda un luto en su corazón. Pero la canción de vida y de juventud que alienta en este pueblo no se corta con la metralla. No hay calle atravesada en que los niños no canten todo el día. Me los encuentro inundando el barrio con sus voces, haciendo coro infinito con los pájaros y flores de esta primavera. ¿Qué es el peligro frente al desborde de la sangre nueva? Mientras el plomo arrecia, ellos, terciando su fusil de palo, se toman la calle por asalto y se defienden jugando a las trincheras.

—¿Hay un movimiento de opinión en el pueblo chileno hacia nuestro problema? —El pueblo en masa está con España. Tenemos allí varios periódicos de batalla y todos ellos dedican sus mejores páginas a esta lucha titánica. En esos periódicos es donde el pueblo chileno se impone de las victorias que el pueblo español obtiene, más que con las armas, más que con las uñas o el pecho desnudo, con el alma. Y no es de extrañar la adhesión calorosa del pueblo chileno hacia el español. Allí las elecciones siempre han acusado un resultado favorable hacia las izquierdas. Sólo que ya se ha hecho tradición el que los candidatos, una vez convertidos en gobernantes, traicionen a sus electores. Desde 1920 las elecciones las han ganado siempre las clases populares. Después, el clero, el capital, el imperialismo de las grandes potencias, mueven sus hilos, y los elegidos del pueblo se derrumban. En octubre próximo tenemos elecciones presidenciales y hay una confianza absoluta en el triunfo. Pueda ser que un cambio de Gobierno nos limpie de ese sucio barro con que nos tiene salpicados nuestra mezquina diplomacia actual.

—¿Cuáles son los más admirados escritores de la joven generación chilena? —Quiero empezar diciendo que los



intelectuales de Chile están también todos de pie por España. Con mayor razón, la juventud. Aquí está vivo el recuerdo de Falelo Nevada. Junto a él trabaja con entusiasmo en esa retaguardia una legión de verdaderos militantes de la poesía. Allí están Angel Cruchaga, gran poeta de América; Tomás Gago, uno de los espíritus más inteligentes que me ha tocado en suerte conocer; Diego Muñoz, el mejor novelista de los nuevos; Rubén Azócar, castellano como ninguno por el entusiasmo y la dicción; María Brunet, una de las mejores escritoras americanas; Rosanel del Valle, alto y lleno de luces en su poesía; Gerardo Seguel, gran luchador y poeta; Julio Barrenechea, el más puro y transparente de los poetas nuevos; Juan Negro, resplandor y síntesis en sus versos. La lista es larga: Hernán Cañas, Victoriano Vicario, Francisco Santana, Aldo Torre, etcétera, etc. Todos sienten con profunda intensidad la causa del pueblo español, y luchando diariamente han logrado levantar allí un poderoso cuartel antifascista. Todos conocen y leen con gusto a los grandes poetas españoles de su generación. Alberti, Alexandre y Cernuda son por ellos muy admirados. Todos han sentido como un duelo propio la muerte del gran García Lorca.

—¿Hay en su obra preocupación formal o filosófica? —Os confesaré sinceramente: mi poesía es una manera de murmurar entre dientes más difíciles estados de alma. He vivido gran parte de mi vida completamente solo, y me he acostumbrado a monologar hacia adentro. En alguna parte de mi libro en prosa ya he tratado de explicar este fenómeno. En ese poema he dicho, más o menos, que soy más legítimo e íntegro en el olvido; que hay un desequilibrio de suma gravedad entre lo que tengo y lo que no tengo; que mi hacienda, mi domicilio y mi porvenir están edificadas en el vacío, etc., etc. Ahora, frente al hecho español, mi espíritu se estrella de lleno contra una realidad brutal y sangrienta, y aquí estoy tratando de desmontarme de un caballo que no sabe ponerse al paso del momento de vida o muerte que tenemos por delante.

—¿Te interesa el problema español como tema poético o como movimiento social y humano? —Como movimiento social y humano únicamente. No puedo sentirme como espectador y poner ojos contemplativos cuando está de por medio la tragedia de un pueblo. En todo momento yo me figuro que soy parte en la lucha. Y dentro de ella escribo para combatir, para allegar esfuerzos a la pelea, no para hacer literatura.

—¿Puede un pueblo, en trance de muerte o de vida como el nuestro, producir una literatura? —Ardiendo dentro de una espantosa hoguera, yo no creo que se pueda producir una literatura. Creo que las grandes conmociones sociales pueden producirla; pero hay que dejar el tiempo necesario para que la tierra se orece, para que se vaya el humo y la sangre se coagule. Tras el triunfo del pueblo yo veo venir una nueva era de oro para las letras españolas. Veo esto porque estoy palpando diariamente la semilla y sé que tierras se preparan para ella.

Por otra parte, claro está que, colocado dentro del círculo de fuego, el escritor dispare a sus enemigos con lo que mejor sabe manejar. De ahí viene la literatura de batalla. Y en su género se ha producido magnífica aquí en España. EL MONO AZUL, como testigo, nos puede dar prueba de ello.

PIEDRAS DE MADRID

(A MARÍA TERESA)

Torres decapitadas, columnas, muros, arcos, aquí claman en el mar de la tierra, puro polvo, ceniza, arena líquida, invasión y quebranto; puro ingrátido océano, aplastado, revuelto, sin albas y palomas a ras de aire y campana, sin yerbas cariñosas y sin largos rosales.

Vértices duros, cantos rotos, corazón de la piedra, ¿en dónde están ahora tus verdes lagartijas, y el agua que era un hilo feliz, cayendo a saltos, o la luz repentina que al llegar tropezando sonaba y resplandaba como un delgado lienzo?

Se ven los viejos siglos a través de estas piedras, una luna creciente con su luz congelada, un caudaloso río de vapores celestes; se ve un extraño mundo, lefal y prisionero, y una ardorosa historia de espadas y romances.

Congoja viva, pasmó desesperado en la garganta, ahora las piedras son animales despavoridos, palomas degolladas, caballos que relinchan, bestias temerosas y recelosas que sienten cómo se adentra el cuchillo en sus huesos.

Y tienen ojos tímidos, húmedos como flores, piel desgarrada, cuello roto, pecho abierto; y tienen orejas temblorosas, sensitivas orejas que apretadas contra las frías plazas escuchan cómo la muerte adelanta su diente.

Piedras nobles y vivas de Madrid, cómo sangran, cómo lloran y cantan sus dolores terrestres; cómo sufren la ruda embestida de los lobos, las furiosas y negras descargas de las hachas.

Piedras puras y leales de Madrid, cómo tiemblan tumbadas en una pira de corolas violentas: cornizas, cañerías, sangre seca, agua ciega, fierro, coches, raíces, estrellas y palomas.

Por sobre sus lápidas de dolor está la sangre, la sangre de los niños y de las mariposas, la de los briosos caballos, muertos de repente; la sangre de las liras sorprendidas al paso y la de la niña que las llevaba en el pecho.

Ahora las piedras de Madrid no tienen casa, sosiego, lumbre, balcón con cielo libre y flores, no tienen un hueco propio ni un asiento seguro desde donde oír largamente los susurros del agua, el canto de los ciegos o la voz de los pájaros.

¡Y la catedral inmensa que ellas constituían, las bellas escalinatas con maceteros y leones, las columnas como enormes gigantes vigilantes y los muros legendarios abrumados bajo el peso de tanto laurel florido caído sobre España!

Unánime sentido de piedra de las piedras: de seda y terciopelo el halo de las piedras y, sin embargo, todo absoluto como las piedras.

Juvencio VALLE

LIBROS Y REVISTAS

Rafael Alberti: "Poesía" (1924-1937). Editorial Signo. Madrid, 1938.

Se ha publicado un volumen que contiene toda la obra poética de Rafael Alberti y que abarca hasta sus más últimas composiciones. Aunque el título indica que el límite final es 1937, el último de los poemas está firmado en abril de 1938. Se recoge, pues, en él todo lo que ha hecho Alberti en estos años de guerra, en los que, como siempre, sigue al lado del pueblo de las trincheras, como ayer estaba junto al de las fábricas.

A Rafael Alberti le conocemos y queremos todos. No sólo esto. Su obra la conoce el pueblo, la admira y se siente orgulloso de ella. Por eso no cabe aquí una nota crítica. Conviene mejor que le dejemos la palabra, copiando el prólogo que ha escrito para "El poeta en la calle":

"De mi contacto con las masas populares de España surgió en mí la necesidad de una poesía como la que se intenta—muy lejos aún de conseguirse—en este libro. Sin ignorar que todos aquellos poemas que lo integran no reúnen las condiciones que yo creo necesarias para su repercusión y eficacia en la sala del mitin, en la calle de la ciudad, en el campo o en la plaza del pueblo, quiero dejarlos y justificar aquí su presencia por la sola razón de haber nacido siempre de una exigencia revolucionaria. ¡Cuántas veces, a la salida del mitin, en el Sindicato, en la humilde biblioteca de la barriada o en cualquier lugar de trabajo, después del recital o la conferencia, se me han acercado algunos camaradas para "encargarme" un poema que reflejara tal o cual situación política, este o aquel otro suceso! Y es que cuando el poeta, al fin, toma la decisión de bajar a la calle, contrae el compromiso, que ya sólo podrá romperlo traicionando, de recoger y concretar todos los ecos,

desde los más confusos a los más claros, para lanzarlos luego a voces allí donde se le reclame. De acuerdo o no de acuerdo con esta posición, que es un camino, yo sé que esta salida al aire libre, este dejar de devorarnos obscuramente nuestras propias uñas, puede traernos, compañeros poetas—hoy ya lo estamos viendo—, la nueva clara voz que hoy tan furiosamente pide España, liquidados ya estos últimos años de magnífica poesía."

El acierto de Signo—esta Editorial que con magnífico esfuerzo sigue, bajo el fuego de los bárbaros, lanzando obras con un esmero que es realmente un prodigio—ha sido recompensado por el público, que ha prestado una excelente acogida al libro de Alberti, del que más de la mitad de la edición se ha vendido en pocos días.

José Mancisidor: "De una madre española".—Editorial México Nuevo.

En un breve librito este excelente escritor mejicano ha recogido las emociones de una madre madrileña cuyo hijo participa en la lucha desde los días del cuartel de la Montaña. Leyéndolo se ve cómo su fina sensibilidad de escritor ha sabido darse cuenta de las vicisitudes por que ha pasado la lucha en Madrid desde aquellos días de julio hasta el final de 1936—época de que se ocupa en su libro—, y se va viendo la evolución de la madre y su participación en la retaguardia en las tareas que pueden contribuir a la victoria.

Solamente hay tres personajes principales: madre, hijo y Antonia; los tres, dramáticos, pero optimistas. Optimistas dentro de su sacrificio, que saben es útil para toda la Humanidad. Mancisidor colabora también con este libro en nuestra guerra y nos ayuda, con su ardiente espíritu antifascista, en el triunfo.

REVISTAS

"Pasaremos!", órgano de la 11 División.—Este periódico toma cada vez más un aire de diario. Está lleno de noticias. Se aparta de su antigua pretensión para hacerse más sencillo, más austero. Resulta muy agradable ver cómo evolucionan los periódicos del frente y se varían con las circunstancias. Nosotros conocemos su valor de estímulo y nos sentimos orgullosos de saludar desde EL MONO AZUL a la heroica 11 División.

"Hiero", órgano del primer Batallón de Enlace.—"Hiero" conserva aún su aire de revista. Muy cuidada, muy amplia de márgenes, peca a veces de ingenua y poco directa. Se ve con agrado el deseo de publicar buena literatura: un poema de Machado; pero debió ir en lugar más preeminente, porque es como un llamamiento, un grito a la juventud. Buen camino la nota biográfica del poeta. Es necesario no olvidar nunca estas aclaraciones a las cosas literarias.

BUÑUNTZA

Por José RAMON ALONSO

(Viene de la página 2.)

brian conquistado Castilla no han muerto arando cuatro surcos? ¿Cuántos labriegos no han perecido cantando simples relatos a sus nietezuelos, cuando podían haber narrado al mundo las historias más hermosas?

En los barrancos que rodeaban la carretera de Andoain alzose de pronto una voz poderosa y fuerte:

—¡Mataid a vuestros jefes! Pasaos a nosotros. Sois pobres... No sirváis al Capitalismo.

Era la voz de un dinamitero vasco. El enemigo replicó con un tiroteo infernal. Cuando tornó la calma, desde el fondo del barranco subían los ayes de los heridos.

Amanecía... En el campo rebelde sonó una campana llamando a misa. Era domingo. Comenzó el enemigo a disparar sus cañones. Un obús cayó a treinta metros de la ermita. Preguntó el teniente:

—¿Hay algún herido? Inmediatamente estalló otro. Y luego otro. Llovía la metralla. Agazapado Ramón en tierra se burlaba:

—Yo no puedo morir, Esquinas. Soy inmortal. Tengo que escribir tantas cosas...

Sonaba otro cañonazo. Esquinas, amedrentado, confesaba:

—Te digo, niño, que tengo más miedo que veinte viejas juntas en un callejón oscuro.

Ramón soltaba la carcajada. Pero de pronto vino un obús, y Ramón voló, roto, por el aire.

A. A.

CATALANES EN MADRID

(IMPRESIONES DE VIAJE)

DE
JAIME MIRAVITLLES

L'ORJETIU

Madrid és, indiscutiblement, un cas únic en la història del món. Una capital d'un milió d'habitants que aguanta en els seus suburbis durant més d'un any un exercit invador, és una gesta heroica de la nostra guerra. Si afegim a aquest fet l'existència de mitjans moderns de lluita, artilleria de gros calibre i aviació, amb la seva eficàcia sobre l'estat d'ànim de la població civil, cal reconèixer aleshores que l'heroisme, pel que té de col·lectiu, de conscient i obstinat, arriba ja al paroxisme. Catalunya, que en vint-i-quatre hores va vèncer la revolució en el seu propi terreny, ha de contemplar amb emoció aquesta gesta històrica. Ningú com nosaltres no ha comprès millor la força de l'esperit català, però una sèrie de circumstàncies, unes fortuites, altres malauradament intencionades, havien permès que es congreís contra el nostre poble una doble calamitat: primera, la no participació de Catalunya en la defensa de la capital de la República, i segona, la indiferència del nostre poble davant de les gestes heroiques que allà es produïen.

Evidentment, simples calúmies, però que calia vèncer-les, perquè a la llarga ja constituïen una plataforma política que podia pesar terriblement en el futur immediat de Catalunya.

Des de fa mot de temps, el Comissariat de Propaganda s'ha preocupat d'aquesta qüestió. El llenguatge de l'album "Madrid" i l'èxit internacional que tingué n'era una prova. La constitució a Madrid d'una delegació del Comissariat, una altra. Calia, però, que el convenciment de la nostra acció arribés d'una manera espectacular i podríem dir-ne decisiva. El primer aniversari de l'heroica resistència ens donava l'ocasió per a dur a terme aquesta prova històrica. Catalunya enviava a Madrid tres grups característics de la seva realitat: tres exponents de la seva essència nacional. La cobla de sardanes "Albert Martí", magnífic ambaixador de la nostra pàtria; com la cobla Barcelona a l'estranger, la cobla Albert Martí, havia de fer comprendre als madrilenys quin era el veritable sentit popular de Catalunya. Havia d'ésser a través de la tenora incomparable del gran emporadot que s'iniciés el diàleg entre dos pobles, els quals uneix el mateix dolor i el mateix destí. Els dansaires de l'Institut Català de Folk-lore "Montserrat" havien de posar en evidència un altre aspecte de l'ànima nostrada: la dansa medieval que perpetua a través del temps la bellesa del sentimentallisme català i que defineix en ritmes suaus la seva delicada gràcia. El grup "Sagetes Roges" havia de manifestar el naixement d'una literatura heroica a Catalunya, que servís per a estimular la voluntat de lluita i de triomf. Catalunya havia d'ésser present al primer aniversari de la defensa. I en ésser-hi reconeixia, d'una manera explícita, que és a Madrid on, durant aquest any, s'ha congreït l'heroisme de la defensa republicana, i que Catalunya admira sense reserves la gran gesta del poble madrileny.

Hi havia, però, un altre aspecte ca-

pital que no es podia oblidar. La presència des dels inicis de la tradició de Madrid, de nuclis densíssims de catalans, els quals han rivalitzat en heroisme amb els propis madrilenys. Calia situar geogràficament aquells nuclis, materialitzar-los. Les estadístiques ens parlen de setanta mil combatents, però calia donar a les xifres fredes l'emoció humana de la presència física. Sabíem que en els moments dolorosos, quan semblava que Madrid havia de caure sota el jou feixista, el millor de la joventut catalana havia correuut a la seva defensa. Sabíem de les columnes "Lluita", "Catalunya" i "Jaume Graells", la desfílada triomfal de Durruti pels carrers de la capital, però calia demostrar que l'exportació catalana no havia estat el producte d'una exultació efímera, sinó que Catalunya, fidel a la seva tradició havia, d'una manera constant i obstinada contribuït a l'estampa heroica de la defensa de Madrid. El cant de la tenora, la gràcia fràgil dels ballets, la duresa heroica de les balades, farien néixer arreu les flors de la generositat catalana i les sardanes immenses de Torrelodones, Arganda, Brihuega, El Retiro, Santa Anna, serien la prova emocionada de la presència de Catalunya.

Sí, germans madrilenys, Catalunya us estima i Catalunya us ajuda.

EL VIATGE

Es tractava de portar a Madrid una representació que posés en evidència l'esperit autèntic del nostre poble. Poesia, Dansa, Música. Això vol dir onze músics, dotze rapsodes, setze dansaires. Això vol dir per altra banda, at's que entre les companyes participants n'hi havia de molt joves, familiars que les acompanyaven. El total de la delegació pujava doncs a seixanta expedicionaris, joves i dones i persones grans, moltes dones. Calia anar a Madrid, a la ciutat torturada pels obusos i per les bombes feixistes; calia anar a Brihuega, a Arganda, avançades de la lluita no s'han escrit les pàgines més sagnants de la resistència i això calia fer-ho, precisament, per celebrar l'aniversari de la lluita heroica i en els llocs crucials on italians i alemanys havien sofert sagnants desfetes.

Aquest cúmul de circumstàncies i sobretot, tenint en compte que l'element italo-alemany és molt amant de les accions espectaculars, de les venjances històriques, dels aniversaris, feia preveure unes jornades particularment perilloses al front del centre al redós de les dates commemoratives del primer aniversari. La setmana avant, en una sola nit, 1.100 obusos havien caigut sobre la capital i produïren centenars de morts i de ferits. Semblava el próleg del drama sagnant que havia d'obrir-se el 7 de novembre. Era lògic suposar que els fracassos de l'any passat s'intentarien esborrar ara amb una ofensiva despietada. Era lògic suposar, sobretot, que a Brihuega, Itàlia intentaria guarir la ferida enorme de la desfeta. Tots aquests advertiments, els foren fets als joves expedicionaris i als familiars que els acompanyaven. Ens acompanyaven que formaven part d'aquesta població mitjana del país que té un sentit domèstic de la vida i que

no aprecia per aquesta raó la grandesa de les actituds heroiques. L'expedició no era una festa, era un combat. Enava al centre de la resistència republicana a excitar les iras de l'enemic, hi anaven catalans a afirmar públicament la nostra solidaritat amb la població madrilenya. I això no s'havia de fer a uns quilòmetres del front, sinó a unes passes. El cant de la tenora havia d'ésser sentit per les avançades enemigues. Tornem a dir-ho, l'expedició no era una festa, era un combat. Varem fer lleialment l'advertiment als expedicionaris, accentuant potser una mica la nota per tal que es produïssin les eliminacions necessàries. Ni un no fallà, al contrari. Els que per inconvenient d'ordre de treball tenien dificultats per fer el viatge el feren tanmateix afrontant les conseqüències de la seva actitud. Joves dansaires de divuit anys, acompanyades de les seves mares feren 300 quilòmetres de carretera per tal de pal·lejar quin era l'estat d'esperit de Catalunya davant la gran gesta madrilenya.

No volem evidentment exagerar la nota. No volem ara, descriure aquesta expedició amb els colors violats de l'heroisme, però volem constatar aquest simple fet: Una part de la població catalana, escolida a l'atzar pertanyent a nuclis que per la seva constitució social, política, econòmica, es troben més deslligats de les conseqüències immediates de la lluita, responen al primer crit, i sense exageracions espectaculars amb la simple convicció del deure abandonaven les llars còmodes de Barcelona per tal de portar als combatents de les trinxeres madrilenyes l'afectuosa salutació de Catalunya.

La prova ja està feta. Barcelona és digna germana de Madrid.

TORRELODONES

Arribem a Torrelodones una mica tard. Sobta l'ample horitzó ja nit cau lentament arrossegant nivells carregats d'ombra. Fa dues hores que els soldats catalans destacats en aquest sector, uns milers, esperen en formació correcta l'arribada de la Delegació catalana; sentiran sardanes, veuran els balls populars del nostre folk-lore, oïran les belles poesies d'exaltació heroica, i sobretot parlaran català amb catalans vinguts de Catalunya, amb catalans que encara porten als ulls la claror de la pàtria, l'olor dels seus camps, la frescor de les seves valls... Arriben els autocars i es trenquen les files dues hores sostingudes i una onada humana es vessa damunt dels automòbils. La pressió és tan gran que no es poden obrir les portes. Es l'abraçada forta que ofega. Han de venir soldats de guàrdia, baloneta calada, per a protegir els catalans vinguts, de l'afecte dels seus compatriotes.

Ja han baixat ja toquen de peus a terra. Se'ls enduen. Cada grup agafa un músic, un dansari, un rapsoda i se l'emporten com un trofeu. El parlen, el tonquen, el senten respirar.

—Quant fa que heu vingut de Catalunya?, és la pregunta de sempre. Volen que sigui ara mateix, perquè així sembla que no s'ha esbravat, que encara conserva pura l'essència de la pàtria.

Costa mitja hora poder arregar els músics, i situar-los on han de tocar. Comença aleshores l'encantament. Els petits tocs per afinar els instruments produeixen un veritable remolí. És un deliri. Els soldats corren d'un costat a l'altre presos d'una estranya inquietud, com ocells perseguits. Sobtadament, després de l'amable invitació del flabiol, esclata la sardana.

I com sona en aquella feréstega solitud de Castilla! Sense les plaques assolellades, sense la dolça música catalana, per on s'infiltra el so a través de la finestra perfumada per la menta i les panotxes, quin eixir de tristesa damunt el cel esbaterat i la plana interminable. És una altra sardana, encara més enyoradissa que la nostra, perquè s'esmuny entre els records i perquè no canta al cor la canço de la festa.

Però quin enrenou ha produït entre la mainada! És una bogeria. Els soldats s'agafen les mans i fan cercles immensos, no els cercles petits, familiars de la plaça nostrada, sinó uns cercles dilatats com un immens ull cansat, com si volguessin, ampliant el cercle, dissipar la plana,



tocar les vores de la seva intimitat i reconstruir en aquest intent inútil la dolça plaça abandonada.

Baixa de l'automòbil un company de "Sagetes Roges". Porta damunt del pit l'enseny de Catalunya. En veure'l, un soldat se'n va al seu damunt i li besa golludament el pit.

—Es un germà?, un parent?, un amic de l'ànima?, demana el comandant de la força.

—No, li responem afectant una naturalitat que no sentim. Besa simplement la bandera de la pàtria.

—Aqueste catalans—diu el comandant estranyat i admirat—quin patriotisme el seu, quin profund amor a la terra.

El company Pons, director de l'Esbart de dansaires, és interrogat per un soldat.

—Sou català, vós?

—Sí—li respon en Pons.

—Teniu: 500 pessetes. Porteu-les a la mare, Mallorca, 447, entressol. Em dic Pere Alisanda. Direu que estic bé, que no em manca res, que no em trameti aquell gir de cinquanta pessetes que m'anuncia en una lletra.

Se'n va i torna:

—Teniu, encara quinze pessetes en plata. La farà contenta.

I es perd entre el remolí dels catalans de Torrelodones. Ha donat 515

pessetes per a la seva mare. Les ha donades a un català que no sap qui és, però el seu cor està tan ple d'amor a Catalunya, té una fe tan cega en tots els que vénen en nom d'ella que està segur que les cinc centes quinze pessetes aniran a l'entressol del carrer de Mallorca.

Company Pere Alisanda, quins sentiments més purs t'inspira Catalunya!

COMIATU

Ja ens n'anem. Ells automòbils, brunzents, tenen ja la proa cap a Catalunya. Tornem a les llars, a la terra, i servem al cor, a l'esperit, a la boca, el gust viril de l'heroisme.

Hem vist Madrid i el seu dolor. La seva tortura. Hem vist les seves ruïnes fumejants, els seus fiancs oberts a l'enemic. Hem vis repetit, anànim, intrascendent, l'heroisme de cada hora, de cada instant. Hem vist d'aprop l'home i les seves angústies, el poble i else seus afanyos. El dia, que es repetia terriblement semblant en la tragèdia i en la il·lusió. La nit misteriosa, de parany. Els llargs silencis arítmics puntejats pels obusos i pel malson.

I s'obrisotadament davant del radiador la porta lluminosa de Catalunya, els seus camps, les seves fonts, la seva alegria.

I pensàvem: Vindrà també aci l'ocell de mal averany? Estendrà també damunt del cel claríssim les ales del dolor?

MADRID 1937

Por EMILIO BALLAGAS, poeta cubano

A Pablo Neruda
A Rafael Alberti

1936. Soñaban ... Y el viejo mundo de la cruz garrincheras de papel, [mada
barricadas de tela y cartón piedra. soñaba... ¡si es que puede haber un [sueño
1936. Soñaban en la frente de cera, del cobarde! Embriaguez, pesadilla, ojo siniestro, el viejo mundo viejo fantaseaba:
con niños inefensos y soldados sin [armas, el viejo mundo con sus tropas, paso a paco [de tigres,
Soñaban una alfombra de pavesas en que nula, caída la justicia, rastreiro el rabo, las orejas gachas, narices aventadas, legua y media de lengua relamiendo el bello grande en ademán de san- [gre...
"Dentro de pocas horas entraremos".
[Soñaban un Madrid como un arco de cadáveres [res!
Era en el 36... Hace ya un año. Se escuchaban campanas de otro [mundo tañendo en una catedral anciana, podrida en un pasado de marqueses. For la radio se oían
—orin, polvo, cenizas— viejas voces de espaldas a la historia; grajos, cuervos y buitres que anun- [ciaban:
"Dentro de pocas horas entraremos".
[ENTRARON!
Era en el 36. Hace ya un año. Y unas voces profundas respondían alzadas sobre el hoy, [abrace cor toda la frescura del mañana: ¡No pasarán! ¡No pasarán! y abrían profundas rosas rojas de esperanza.
Madrid se alzaba entero, sostenido per cimientos de acero y de granito, con su puño de luz, rotando, en alto. París, 1937.



TORRELODONES

LA MILICIANA DEL TAJO

En el recuerdo de quien tuvo la triste suerte de verla quedará siempre unida al agua verde de su río. Será ya como él, porque sé que a estas horas es corriente y lecho de arena a un mismo tiempo; es reflejo y es cauce.

Un poeta soldado de su misma ciudad (1), poeta a quien las yedras y los sauces transidos hacen con el tiemblo del aire sonar su nombre eternamente, la hubiera puesto entonces entre los juncos mojados de sus églogas; la habría elevado a ninfa toledana de sus octavas reales.

Pero hoy, siendo esto imposible, pues la época es otra, será sólo el recuerdo, hecho ya canto, de quien tuvo la triste gloria de verte, el que hable de ti, el que te cante a ti, grave niña de España, tierna miliciana del Tajo.

Desde aquella vertiente el paisaje se había quejado sin carne. Pelada, roncada geografía de fosa común, de osario al descubierto, esparcido por el campo. Y sobre los aráneos, tibias, quijadas y rótulas que semejan las colinas, cortadas y desniveles que oprímian el alma del recién llegado, un cielo emblanquecido por un sol de hojalata sacudía como una candente rasp de azufre ceniciento.

Sólo rajando aquel desbarajado esqueleto, la vena enverdecida del río.

—¿Quién es aquella que parece que duerme allí abajo?

—¿Qué duerme?... No sabemos su nombre. "La miliciana", le decíamos todos.

Allí se la veía, como si quisiera beber agua del Tajo, arrastrando su cuerpo, larga y desesperadamente, hasta el filo del cauce. Y así quedó iba ya para un mes. Las manos, aferradas a unas miserias hierbas. Su mono azul, que parecía vacío, incrustado a la tierra amarilla.

Sólo el viento esparcía jugando, desordenaba moviéndolos, sus delgados cabellos caoba, que en las pausas de calma llovían sobre la margen seca como un mínimo sauce lloroso.

—¿Oyes?

Desde las grietas altas del Alcázar los alumnos de Infantería y los guardias civiles cercados tiraban sobre ella. ¡Plac! ¡Plac! Picotazos de polvo saltaban alrededor de su sueño.

¡Plac!

—¿Oyes? Juegan al blanco con la miliciana.

Auras de trigo recién cortado y flautines de avena habrán sido su infancia. Olor a oscura petaca de tabaco negro, encendido por chispa de yesca, habrán puesto en su piel de niña campesina las manos aradas del padre. Y en la penumbra del rincón de la alcoba, junto a la cabecera del empinado lecho matrimonial, canciones de anapolas, sábanas de alhucema y lento sueño humilde de vacas y corderos paciendo, la voz y las manos desveladas de la madre labrán extendido sobre sus ojos de futura zagala o, más tarde, de pobre jornalera del campo.

—Sería de aquí, de Toledo.

—Puede ser. Pero ninguno lo supimos nunca. Quizás de Bargas, de Olias, de Mora...

¡Héroes anónimos de mi patria; muchachos y mozas sin nombre, ya mezclados a las raíces de la tierra, a veces innominada, de entre dos pueblos, un valle o de una de esas colinas que los partes de guerra designan en la noche sólo con un número! Sangre vieja y niña de mi país, sangre sagrada de mis héroes, sangre sufrida, sangre valiente, sangre ejemplar y verdadera: yo te saludo y me mojo de ti en esta tarde bombardeada de junio; yo me fuudo cortigo, me baño, me lleno de tu sangre, sangre madre, vino, solera española, rolera antigua, regadora, productora de pechos gloriosos, orgullo de mi cielo.

Sangre parada, inmóvil, de la miliciana del Tajo: ¡Salud!

(1) ¿De su misma ciudad? No, porque no se sabe si ella era de Toledo o si de un pueblo de la provincia.

—Sería de aquí, de Toledo, de una de estas calles queoradas, de estas grietas profundas por donde un hombre con los brazos en cruz no cabría; de uno de estos enjutos pasillos, hechos más para la conducción del aire o del agua, y cuyos nombres nos va clavando una sombra de nostalgia perenne:

Pozo Amargo.

Alfileritos.

Hombre de Palo.

Las Recogidas.

El Can.

Los Niños Hermosos...

Y un patinillo agobiado de geranios y malvarrosas colorearía su infancia. Un aljibe fresco, con el eco

(Balada)

—¡Horror! Se te señalan los pezones.

—No se cruzan las piernas en el paseo.

—¿Eres casta, sobrina?

—Pecas en soledad contigo misma. ¡Anda, niega! Pero es que acaso no lo gritan esa palidez y esas ojeras?

—Tendrás que confesarte mañana. Y otras miles de impúdicas advertencias que te habrán llenado de espanto las noches, apretado de temores los días y llevado, al fin, a mo-

rios encendidos de sangre pueden romper y abrasar para siempre!

Desde dentro de aquella pesadumbre, de aquellos poderosos muros oscuros y terribles del Alcázar, parapetados tras las mujeres y los niños, arteramente arrancados a los hogares humildes de los hombres que habían de convertirse al punto en Milicias del pueblo, los uniformes, abusivos e indignos, las odiadas guerreras señoritas de los alumnos de Infantería, peste de Toledo, hermanados con la Guardia civil, aguantaban el sitio, la humana y noble con-

Y moriréis todos como sordos, como mudos, como monstruos de ceguera y malvada ignofancia. Así. Tarde o temprano. Ahora, o un poco después.

—Esa niña no puede con los sacos.

—¡Eh, tú, miliciana!

¡Ay sacos terrestres entre los jardillos toledanos! ¡Trincheras primitivas, parapetos ingeniosos levantados y contruidos por manos voluntarias de las primeras horas!

—Y ella era fuerte, aunque por su delgadez y juventud no lo pareciera.

—Para algo he venido yo aquí, compañeros. Dejadme. Soy tan soldado como vosotros—decía—. Tan miliciana.

Pero le ayudábamos a levantar las piedras en las noches pesadas de julio.

—¡Qué Toledo celeste, derritado, parecería bajar entonces de la aguja más alta de la catedral y de las torres cenicientas de luna!—pensó el recién llegado.

—Ella era naturalmente seria. Hablaba poco la miliciana. Pero un día:

—Me aburre, me harta el fusil, ¿sabéis?—declaró de repente.

Y le enseñamos nosotros, que casi no sabíamos, a manejar la ametralladora.

¡Héroes de los primeros días de la guerra!

¡Hombres viejos y jóvenes, mozas y mozos ignorados que brotasteis de súbito de los más hondos resquicios ibéricos con el mismo vigor y lozanía de los trigos, con la misma dureza de los cardos, de las ramas silvestres! Entonces os llamásteis Milicias! Milicias populares! Se ensoledaron las aldeas; los pastores, por primera vez desde hacía siglos, abandonaron los rebaños; de las montañas bajaron los lobeznos. ¡Oh sangre guerrillera española, milicianos de las cumbres y las llanuras, héroes del corazón desbordado, hoy disuelto en los ríos, seco al sol de las peñas o bajo el mar y el verdor de los tréboles: sólo vosotros habéis hecho posible este honor mantenido, este ejemplo que España da al mundo.

Así tú, inmortal miliciana del agua, niña anónima, nuestra muerta del Tajo.

—¡Por ahí no, miliciana! ¡Por ahí, no!

—¿Qué angustia!

Una luz que rompía por los filos de los huesos pelados del paisaje, abrió fuego sobre las puntas del Alcázar, las torres y los paredones más altos de la ciudad. Abajo, aún el río se arrastraba, oscuro.

—¿A dónde vas, miliciana? ¡Vuelvete!

—Mira que te equivocas. ¡Que te equivocas!

—¡Por ahí, no!

—¡Que por ahí, no!

—¡Que por ahí no se puede pasar, miliciana! ¡Vuelve!

—¡Vuelvete en seguida!

Pareció como si el eco, aún antes de salir, repletara la mortífera ráfaga, que bajando fue entre aquellas piedras ya con el sol del oriente, hizo doblarla contra el suelo agostado, amarillo, todavía entre vahos de la noche. Aferrándose a los pobres yertas, medio cuerpo ya lase, la miliciana intentó arrastrar su agonía hasta el filo del agua. Pero entonces, de todos los rincones, de todas las grietas del funesto edificio, de todas las rendijas por donde el ojo de un fusil pudiera enviar la muerte, salió el odio cobarde, silbó la vil ignominia, el turbio ensañamiento de aquellos "caballeros" alumnos y guardias civiles, que cercaban las honestas armas del pueblo.

—Por ahí, no.

—Por ahí, no—le gritamos mil voces.

Ya inútil.

Y así quedaste, así, incrustada en la tierra, que es roca en Toledo, grave niña de España, inmortal miliciana del Tajo.



sonoro de humedad, devolvería su nombre y alejaría su imagen hacia el fondo ya en el descenso del estío. ¡Oh nifex popular de patios y engañosos callejones sin salida, de plazuelas y puentes toledanos, de aurallas dentadas, de río con saucedas y berquichuelos, de torreadas puertas imperiales!

O quizás, no. Quizás el recién llegado tenga que imaginar para ti, caída miliciana del Tajo, una triste nifex de interiores con velos de mardrastras tías guardadoras; una trágica adolescencia de rincones oscuros, con cuentas de rosario y sucias, turbias, crueles amonestaciones de una obscena miseria eclesiástica:

—Ese descote, sobrina.

—Nada de medias transparentes.

—¿Qué libro es ese que traes? Tendré yo que leerlo primero.

—Te vas a condenar, sobrina: esa blusa te cife demasiado.

rir, en un arranque de rebelada desesperación heroica, contra la tierra amarilla del borde de tu río, el más verde y mejor cantado de España.

¡Oh dolor, dolor, dolor! Dolor de vidas españolas, de españolas.

Nacen y mueren millones de mujeres en mi patria, oscura, tristemente: aquéllas, doblando el espinazo lo mismo que los bueyes sobre el surco, que esas mulas que acarrear esconbro; éstas, rígidas, nebulosas, las manos caídas de ignorancia, peradas hasta ese definitivo momento en que otras, también inútiles para este suelo, se las hacen cruzar sobre el tórax vacío, pasándoles entre los dedos místicas la imagen del crucificado.

¡Oh crimen, oh eslabonados siglos de crímenes, que sólo ahora estos

ducta de aquellos primeros espontáneos defensores de España.

Nunca, nunca sabréis, hijos de condes y marqueses podridos, torpe Iglesia feudal, más que negra y embrutecida, casta parasitaria de vejadores militares, analfabetos tricorinos engañados; nunca sabréis del hundido dolor de este pueblo que vivials humillando, de la clara nifex que corre por sus venas viejísimas, de su ancho corazón lleno de cánticos de aurora.

EL DIA 18 DE JULIO SE INAUGURARA EN PARIS EL CONGRESO por la Paz. Participarán 43 naciones. El punto de discusión más importante será sobre el bombardeo de ciudades abiertas. Asistirán por la Alianza de Intelectuales los miembros del Buró Internacional de Escritores, Rafael Alberti y María Teresa León.

GARCIA LORCA el cine

habla sobre el TEATRO

Palabras que Federico García Lorca dirigió al público que llenaba el teatro Español la madrugada en que la compañía de Margarita Xirgu y Enrique Borrás representó "Yerma" en obsequio a sus camaradas los actores:

"Queridos amigos: Hace tiempo hice firme promesa de rechazar toda clase de homenajes, banquetes o fiestas que se hicieran a mi modesta persona: primero, por entender que cada uno de ellos pone un ladrillo sobre nuestra tumba literaria, y segundo, porque he visto que no hay cosa más desolada que el discurso frío en nuestro honor, ni momento más triste que el aplauso organizado, aunque sea de buena fe.

Además—"esto en secreto"—, creo que banquetes y pergaminos traen el mal fario, la mala suerte, sobre el hombre que los recibe; mal fario y mala suerte nacidos de la actitud desencantada de los amigos que piensan: "Ya hemos cumplido con él."

Un banquete es una reunión de gente profesional que come con nosotros, y donde están, pares o nones,



Lorca y Alberti.

las gentes que nos quieren menos en la vida.

Para los poetas y dramaturgos, en vez de homenajes, yo organizaría ataques y desafíos en los cuales se nos dijera gallardamente y con verdadera saña: "¿A que no tienes valor de hacer esto?" "¿A que no eres capaz de expresar la angustia del mar en un personaje?" "¿A que no te atreves a contar la desesperación de los soldados enemigos de la guerra?" Exigencia y lucha, con un fondo de amor severo, templan el alma del artista, que se afemina y destroza con el fácil halago. Los teatros están llenos de engañosas sirenas coronadas con rosas de invernadero, y el público está satisfecho y aplaude viendo corazones de serrín y diálogos a flor de dientes; pero el poeta dramático no debe olvidar, si quiere salvarse del olvido, los campos de rosas mojados por el amanecer, donde sufren los labradores, y ese palomo, herido por un cazador misterioso, que agoniza entre los juncos sin que nadie escuche su gemido.

Huyendo de sirenas, felicitaciones y voces falsas, no he aceptado ningún homenaje con motivo del estreno de "Yerma"; pero he tenido la mayor alegría de mi corta vida de autor al enterarme de que la familia teatral madrileña pedía a la gran Margarita Xirgu, actriz de inmaculada historia artística, lumbera del teatro español y admirable creadora del papel, con la compañía que tan brillantemente la secunda, una representación especial para verla.

Por lo que esto significa de curiosidad y atención para un esfuerzo noble de teatro, doy, ahora que estamos reunidos, las más rendidas, las más verdaderas gracias a todos. Yo no hablo esta noche como autor, ni como poeta, ni como estudiante sencillo del rico panorama de la vida del hombre, sino como ardiente apasionado del teatro y de acción social. El teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país, y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil,

puede cambiar en pocos años la sensibilidad de un pueblo; y un teatro destrozado, donde las pesuñas sustituyen a las alas, puede achabacinar y adormecer a una nación entera.

El teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre.

Un pueblo que no ayuda y no fomenta su teatro, si no está muerto, está moribundo; como el teatro que no recoge el latido social, el latido histórico, el drama de sus gentes y el color genuino de su paisaje y de su espíritu, con risa o con lágrimas, no tiene derecho a llamarse teatro, sino sala de juego o sitio para hacer: esa horrible cosa que se llama "matar el tiempo". No me refiero a nadie ni quiero herir a nadie; no hablo de la realidad viva, sino de problema planteado sin solución.

Yo oigo todos los días, queridos amigos, hablar de la crisis del teatro, y siempre pienso que el mal no está delante de nuestros ojos, sino en lo más oscuro de su esencia; no es un mal de flor actual, o sea de obra, sino de profunda raíz, que es, en suma, un mal de organización. Mientras que actores y autores estén en manos de Empresas absolutamente comerciales, libres y sin control literario ni estatal de ninguna especie, Empresas ayunas de todo criterio y sin garantía de ninguna clase, actores, autores y el teatro entero se hundirán cada día, sin salvación posible.

El delicioso teatro ligero de revista, vodevil y comedia bufa, género de los que soy aficionado espectador, podría defenderse y aun salvarse; pero el teatro en verso, el género histórico y la llamada lata comedia y la espléndida zarzuela hispánica sufrirán cada día más reveses, porque son géneros que exigen mucho y donde caben las innovaciones verdaderas, y no hay autoridad ni espíritu de sacrificio para imponerlas a un público al que hay que domar con altura y contradecirlo y atacarlo en muchas ocasiones. El teatro se debe imponer al público, y no el público al teatro. Para eso, autores y actores deben revestirse, a costa de sangre, de gran autoridad, porque el público de teatro es como los niños de las escuelas: adora al maestro grave y austero que exige y hace justicia, y llena de cruces agujas las sillas donde se sientan los maestros tímidos y aduleses, que ni enseñan ni dejan enseñar.

Al público se le puede enseñar—conste que digo público, no pueblo—; se le puede enseñar, porque yo he visto patear a Debussy y a Ravel, hace años, y he asistido después a las clamorosas ovaciones que un público popular hacía a las obras antes rechazadas. Estos autores fueron impuestos por un alto criterio de autoridad superior al del público corriente, como Waddekim en Alemania y Pirandello en Italia, y tantos otros.

Hay necesidad de hacer esto para bien del teatro y para gloria y jerarquía de los intérpretes. Hay que mantener actitudes dignas, en la seguridad de que serán recompensadas con creces. Lo contrario es temblar de miedo detrás de las bambalinas y matar la fantasía, la imaginación y la gracia del teatro, que es siempre, siempre, siempre, un arte, y será siempre un arte excelso, aunque haya habido una época en que se llamaba arte a todo lo que no gustaba, para rebajar la atmósfera, para destruir la poesía y hacer de la escena un puerto de arrebatanzas.

Arte por encima de todo. Arte nobilísimo; y vosotros, queridos actores, artistas por encima de todo. Artistas de pies a cabeza, puesto que por amor y vocación habéis subido al mundo fingido y doloroso de las tablas. Artistas por ocupación y pre-ocupación. Desde el teatro más modesto al más encumbrado se debe escribir la palabra "Arte" en salas y camerinos, porque si no vamos a tener que poner la palabra "Comercio" o alguna otra que no me atrevo a de-

Dos buenos documentales de la guerra

En España está aún nuevo el cine, pues hacer películas—y se han hecho—no es hacer cine. Es necesario hacer cine de urgencia, cine de propaganda, el único posible por y para la guerra.

La Alianza de Intelectuales tiene una labor cinematográfica positiva: siete películas, algunas de las cuales han sido traducidas al francés, inglés, ruso y hebreo, han dado la vuelta al mundo y han puesto la guerra de España de cara al presente actual.

Hemos visto dos buenos documentales de la guerra, dos películas de propaganda y de la buena; se llaman "Guerra en la nieve" y "Soldados campesinos".

"Guerra en la nieve" es una película de guerra llena de vehemencia y vitalidad: es una película muy española. En ella se afirma en rotundo que "las tierras de España son tierras de españoles". Se lucha por ellas tenazmente. La nieve ha cubierto el campo de frío y de blanco, y los ayones, el tiempo y el mundo entero se les importa un pito a los españoles cuando están firmemente convencidos de su razón y de lo que es suyo. La capacidad de sufrimiento y la resistencia es ilimitada, y la genialidad les viene de antiguo; con ello ganarán la guerra.

Hay escenas en la película de gran belleza, y están llevadas con un ritmo acelerado. Ha sido realizada por el cineasta A. R. C. y presentada por la Alianza de Intelectuales. A. R. C. es un cineasta nuevo, que ha hecho cine porque no había cine hecho.

"Soldados campesinos" es una película buena, con buen contenido y llevada con ritmo fino y sensible. Muy acertada la interpretación musical de Leoz.

El campo de los campesinos, y los campesinos, ahora soldados, dejaron los campos a sus mujeres, novias y hermanas. El campo se va haciendo con las nuevas campesinas y se va descarnando y apretando para la próxima cosecha. Los campesinos se entrenan para la guerra, seguros de sus cosechas.

Hay escenas encantadoras en sencillez. La fotografía, un poco gris. Los cineastas Del Amo y Gil son también nuevos, que hacen cine en la guerra porque no había cine.

En Madrid hay dos, tres o cuatro cineastas que pueden hacer cine bueno, y han hecho cine porque el Ejército los ha puesto detrás de sus cámaras, les ha dado colaboradores y medios y les ha dejado hacer. Han hecho, y ahí están sus películas.

Propaganda se encuentra con una propaganda que se hace fuera y es efectiva y buena. Hay un cine hecho y más por hacer; un cine de urgencia de hoy y una base del gran cine español de después. Contáguense Propaganda y haga cine.

Y jerarquía, disciplina y sacrificio y amor.

A través de mi vida—si vivo—espero, queridos actores, que os encontraréis conmigo y yo con vosotros. Siempre me hallaré con el mismo encendido amor al teatro y con la moral artística del ansia de una obra y una escena cada vez mejor. Espero luchar para seguir conservando la independencia, que me salva; y para calumnias, horrores y sambenitos que empiezan a colgar sobre mi cuerpo, tengo una lluvia de risas de campesinos para mi uso particular.

No quiero daros una lección, porque me encuentro en condiciones de recibirlas. Mis palabras las dicta el entusiasmo y la seguridad. No soy un iluso. He pensado mucho—y con frialdad—lo que pienso, y, como buen andaluz, poseo el secreto de la frialdad porque tengo sangre antigua. Yo sé que la verdad no la tiene el que dice "hoy, hoy, hoy", comiendo su pan junto a la lumbre, sino el que serenamente mira a lo lejos la primera luz en la alborada del campo.

Yo sé que no tiene razón el que dice: "ahora, mismo, ahora, ahora", con los ojos puestos en las pequeñas fauces de las taquillas, sino el que dice: "mañana, mañana, mañana", y siente llegar la nueva vida que se ciernen sobre el mundo."

CARTA DE FRANCIA

Un año de TEATRO en PARIS

Por H. R. LENORMAND

(Viene de la página 1.)

emotivo, a esta especie de romanticismo de la visión, Gastón Baty ha podido imponer durante años enteros obras como "Los caprichos de Mariana" o "Madame Bobary". Con él, el teatro de evasión ha encontrado su mejor representante. El éxito que tuvo en el teatro Montparnasse le acompaña en la Comedia Francesa.

Un hecho de los más importantes en la historia de nuestro teatro es la transformación del espíritu, de los métodos de trabajo y del público de la casa de Molière. La decisión de reunir tres directores de escena del Cártel y M. Jacques Copeau en la Comedia Francesa ha vuelto la prosperidad a esa institución, de quien el público desconocía sus innumerables recursos. "Asmodeo", de Maudicou; el "El chandelier", de Musset, y "El sombrero de paja de Italia" dan entradas enormes. Las campañas y las iras que el éxito de dinero desencadenan siempre y cuyos ecos se propagan lamentablemente al extranjero, no han conseguido enmascarar los hechos: las obras nuevas y las reposiciones de la Comedia Francesa sobrepasan ganancias diarias de 30.000 francos.

El Cártel, nacido de las subvenciones que el Gobierno dió con ocasión de la Exposición, ha podido, por una parte, proceder a la revisión de repertorio; por otra, realizar proyectos hace años diferidos. Cierta vergüenza me da mencionar que en esta revisión de obras pasadas me haya visto favorecido por tres reposiciones: "Los fracasados", en el teatro Montparnasse; "El crepúsculo del teatro", en el Vieux Colombier, y "Simonn", en la Comedia Francesa, que ha ofrecido a mi drama, bajo los auspicios de Gastón Baty, la más fastuosa hospitalidad.

Louis Jouvet marca la importante posición que en la producción francesa tiene Giroudoux y Jules Romain. Del primero se han repuesto "La guerra de Troya" y creado "Electra". Del segundo se volvió a montar "Knock".

Baty ha refilizado su sueño, largo tiempo acariciado, de representar "Fausto", en una adaptación de Edmundo Fleg, y Pitoiff el "Romeo y Julieta", en Mathurins, donde se hallaba un poco estrecho, pero lucía momentos de verdadero esplendor poético.

Dullin repuso "Volpone", de Zweig y Jules Romain; René Roches, "La enemiga", de Paul Antoine. Ha podido ofrecer también "Las bodas de Figaro", donde se reafirma una vez más su maestría. La mayoría de estos espectáculos no hubieran visto la luz sin el apoyo financiero del Gobierno del Frente Popular. Bien entendido, que estos favores concedidos sólo a los teatros del Cártel han provocado el mal humor de los directores a quienes el favor no alcanzaba. Pero este mal humor se resolvió en emulación para el mayor bien del teatro, que ha conocido, durante la Exposición, un período de esplendor y de prosperidad.

Entre los escenaristas de vanguardia se distinguen, por la calidad de su espectáculo: "Los caballeros de la Tabla Redonda", de Jean Coteau; "Los indiferentes", de Vialar, y las misteriosas y seductoras "Demoiselles du large", de Vitrac. El minúsculo teatro de Charles Rochefort atrae una multitud ávida de ser brutalizada, y que encuentra en las bellas violencias de "Frenesie" excelentes razones. La obra es de un novel, N. de Peyret-Chapuis.

A mi entender, la verdadera revelación del año nos ha sido ofrecida por "La salvaje", drama de Anoville. Este personaje de "La salvaje", medio loca aparente, oculta una aspiración desolada hacia las fuentes de sufrimiento de la vida. Madame Pitoiff ha hecho una creación que nunca podremos olvidar.

Hay teatros de los que se puede esperar se coloquen del buen lado en la lucha entre la literatura dramática y la producción comercial. Los Dos Máscaras, donde se pudo ver una buena adaptación de Hauts de Hurle-Vent, de Brontë; el Teatro de las Artes, que con "Sexto piso" y "Probadjong" parecen querer volver sucesales del teatro Louis Jouvet; Le Rideau de Paris, que monta la obra de Lorca "Bodas de sangre"; en fin,

Ambassadeurs, donde esta Mme. Alice Cocea ha triunfado este invierno como "regisseur" y como comedianta en una obra mía: "Pacífico".

A la llegada del Frente Popular, el gran éxito de "Catorce de julio", de Romain Rolland, montado por la Casa de Cultura, hacía augurar un buen porvenir al arte dramático destinado al pueblo. Hay que reconocer que "Nacimiento de una ciudad", de Jean Richard Bloch, no ha llenado nuestros deseos. La belleza del tema y del texto no han bastado para transmitir a la muchedumbre espectadora el entusiasmo que animaba los centenares de participantes. Hubiera hecho falta el genio de un Max Reinhardt o de un Genier.

Los cómicos del Teatro del Pueblo han conocido con "La madre", adaptada por Victor Margueritte de la novela de Gorki, y patéticamente encarnado por Maria Kalff, un éxito de casi un año. Desgraciadamente, para la instalación definitiva de ese colectivo de actores en el teatro Sarah Bernard, que pertenece a la ciudad de París, se ha tropezado con dificultades provocadas por el Consejo Municipal, compuesto en su mayoría por gente conservadora, con espíritu muy pequeño burgués. La energía de los defensores que el Teatro del Pueblo tenía en el Gobierno no pudo triunfar. Después de una serie de representaciones de "Fuenteovejuna", de Lope de Vega, adaptado por Jean Cassou y Jean Camp, el Teatro del Pueblo tuvo que abandonar la hermosa sala de la plaza de Châtelet.

Esta exposición no pretende rendir justicia a todo lo que ha producido la inteligencia de noble y respetable en esta ciudad, que ha vuelto a tomar su rango de capital teatral. Hay que señalar el debut tardío y afortunado de Julien Luchaire en el teatro de L'Étoile; los esfuerzos de Jacques Copeau por atraer un público cultivado a la Porte-Saint-Martin con obras de Paul Raynal y de Obey; los de Paul Abram, en el Odeón, para sacar al segundo teatro del Estado del polvo de la tumba, "La Gran Catalina", de Maurice Rostand; "El Rey Sol", de Bouhelier; "Otelo", de Jean Sarment.

En Montparnasse, "Madame Capet", de Marcelle Maurette, ha permitido a Margarita Jamois demostrar una vez más que, en el teatro, los personajes históricos viven de la vida interior del actor, de su fuerza trágica, y no de su parecido físico.

Ya veis que la sangre circula este año con fuerza en el cuerpo teatral. A esta fiebre de creación ha respondido el público mejor que en temporadas anteriores. Ya podemos decir que nuestro arte no entra en agonía.

Siento, sin embargo, una doble inquietud pensando en los autores jóvenes. El crecimiento de las cargas directoriales no permite lanzar a un "nuevo" autor sino sobre seguro. Los teatros de ensayo, los laboratorios donde teníamos el "derecho" a equivocarnos y a aprender la técnica del arte difícilísimo del teatro, no existen.

Por otra parte, los acontecimientos reales que se desarrollan en los cuatro confines del mundo, en vez de estimular a los jóvenes dramaturgos, parece aplastarlos. Puede que esta sea la razón de escribirse menos obras. Hace falta que los escritores a quienes espolea la inquietud del teatro ordenen dentro de ellos el caos en que viven. Entonces puede que sientan la riqueza que guardan. Las historias sentimentales que han alimentado durante tanto tiempo el teatro burgués están agotadas: todos parecen estar de acuerdo en esto. La explotación sistemática del teatro de la "juventud" y la evocación de las grandes figuras históricas—dos procedimientos de los últimos tiempos—no pueden servir de base a una dramaturgia. El gran tema es el hombre nuevo en un mundo nuevo. El hombre surgido de la guerra y la revolución, el hombre dividido por ideologías contradictorias, el hombre condenado a la "esclavitud" por sus sueños de libertad, el hombre espiado por la barbarie, colocado por el destino entre el camino del poder y la justicia, el hombre desesperado, furioso o ardiendo de esperanza y de fe entre los escombros de las antiguas tablas de valores.

Espero con confianza los testimonios que el teatro nos dé sobre este hombre nuevo.

INTERVIENEN:

PEDRO, joven voluntario; JUAN, ídem ídem; CARMEN y MARIA, muchachas trabajadoras; MIEDOSO primero; ídem segundo; ídem tercero, y la MADRE del primero. Al final, BAILARINES.

ESCENA I

(Aparecen PEDRO y JUAN, muchachos decididos.)

PEDRO

¿Qué opinas tú de la guerra?



LOS COBARDES

JUAN

Opino que hay que ganarla y que con esta opinión para opiniones ya basta.

PEDRO

De acuerdo. Me gusta oír pronunciar tales palabras, que hablan bien claramente de tu fe y tu confianza. Veo otros que a cada instante se les seca la garganta y se les para la orina de miedo cada mañana.

JUAN

No sé por quién dices eso. ¿Quiénes son?

PEDRO

Gente insensata, tan repleta de temores que cuando salen de casa van pregonando su miedo y vendiéndolo a canastas. Más que jóvenes, parecen aburridas sacristanas.

JUAN

Serán fascistas, que saben que el miedo, si se propaga, puede convertirse pronto en un arma que no falla.

PEDRO

No me refiero yo a esos, sino a ciertos camaradas que no saben dominar su miedo de gallináceas. Encanecen a los veinte y la sangre se les para, cansada de circular por unas venas tan blandas.

JUAN

Es cierto; hay por ahí sueltas demasiadas alimañas, a las que hay que cazar pronto para cortarles las alas. Si yo conociera alguno, le juro por mi palabra que le sacaría del cuerpo el pánico por las mangas, o lo sacaría a él mismo.

PEDRO

A eso voy. En esta casa conozco yo a más de uno que tiene la carne pálida del miedo que le produce oír hablar de la metralla. Cuando suena una explosión se meten bajo la cama y no salen hasta que el hambre los acorrala. Son jóvenes, pero tienen la cabeza centenaria. Si los ves, ves que les tiembla desde el pie hasta la mirada, y más que varones son inútiles colegiales.

ESCENA II

(Dichos y dos chicas vecinas.)

MARIA

¡Hola, chicos! ¿Qué tramáis contra las gentes honradas?

CARMEN

Nos dijeron que ya estábamos dos en una brigada. ¿Es verdad?

PEDRO

Si que es verdad. Desde esta mañana, en vez de Pedro Mejías me llamo Pedro Batallas.

CARMEN

¿Y tú?

JUAN

Yo, antes, si una mujer mi nombre me preguntaba, respondía: "Juan Guerra, para servirla; ahora cambia,

y si me preguntan, digo: "Juan Guerra, para ganarla."

CARMEN

Entonces, ¿ya sois soldados?

JUAN

Ya lo somos, camaradas. Y si queréis, llegaréis a ser las dos generales si con nosotros casáis.

MARIA

¡A tanto honor, tantas gracias! Pero por hoy renunciarnos a ser señoras tan altas.

CARMEN

Si otra cosa precisáis...

PEDRO

¡Tengo una idea!

MARIA

Pues desátala, que en tiempos de libertad nadie debe estar atada.

PEDRO

Os propongo que entre todos hagamos una jugada.

JUAN

Si es para ganar, la acepto.

MARIA

Si es divertida, aceptada.

PEDRO

Cuando asomen esos jóvenes de los que antes te hablaba, vamos a darles un susto, a ver cuántos se desmayan.

CARMEN

¡Muy bien!

JUAN

¿Pero de qué forma les haremos la trastada?

PEDRO

Tú y yo nos esconderemos cubiertos con unas sábanas, y cuando aparezcan ellos, nosotros, por la ventana, entraremos silenciosos lo mismo que dos fantasmas.

CARMEN

¿Y nosotras?

PEDRO

En el cuarto os metéis, y cuando caigan ellos del susto en el suelo, vosotras, a carcajadas, avergonzaréis su miedo, a ver si con ello cambian.

JUAN

¡Cállate! ¡Por allí vienen!

PEDRO

¡Esconderos las muchachas! (Todos se esconden y queda la escena vacía.)

ESCENA III

(Entran los tres miedosos.)

MIEDOSO PRIMERO

Con este tiempo, te digo que le faltan a uno ganas para todo y no hay fuerzas para nada, para nada.

MIEDOSO SEGUNDO

Yo, desde hace varios días apenas salgo de casa; este invierno y esta guerra ya de largos se proponan.

MIEDOSO TERCERO

A mí es que, en comiendo mal, se me derrumba hasta el alma.

MIEDOSO PRIMERO

A mí, con el frío, la vista se me queda mareada.

MIEDOSO SEGUNDO

Yo, con tanto susto, paso casi todo el día en cama; porque es que empezando el día, y apenas si te levantas, ya se levantan contigo disgustos que nunca acaban. Que si ha estallado una bomba; que, sin avisar ni nada, te encuentras a un mal amigo que, riéndose la gracia, te dice, y a bocajarro:

"Perico, tu quinta llaman."

Más que vida es un "vía-crucis", porque ya hasta las muchachas, si te ven desocupado o estrenando una corbata, sin compasión ni razón dicen en tu propia cara:

Antonio APARICIO

LOS MIEDOSOS VALIENTES (Teatro de guerra)

"Aquí debe sobrar leña, porque emboscados no faltan."

MIEDOSO TERCERO

Yo, en cambio, evito esos trances pasando las horas largas junto a mi madre, y le ayudo a trajinar en la casa. Ella, hace algunos años, al salir de madrugada de la Opera, cogió un catarro a la garganta, y desde entonces está a catarros abonada. Así que, ya por costumbre, apenas si se levanta antes de que den las doce, y por eso a mí me encarga que haciendo sus menesteres entretenga la mañana. Primero pongo el café o, por no mentir, la malta; acabando, visto al niño, y para que se distraiga le canto algún villancico, algún cuento o una nana. Así que paso mi tiempo sin ocuparme de nada que huelva a guerra, porque este olor me atraviesa el alma.

MIEDOSO PRIMERO

Además, sin un cigarro parece que todo falta; y no es que falte el valor...

MIEDOSO SEGUNDO

¡Eso a mí nunca me falta!

MIEDOSO TERCERO

¡Ni a mí!

MIEDOSO PRIMERO

¡Ni a mí!



EL FANTASMA

ESCENA IV

(Aparecen PEDRO y JUAN cubiertos de sábanas. Los tres MIEDOSOS se derrumban entre cómicos aspavientos.)

MIEDOSO PRIMERO

¡Ay! ¿Qué es esto?

(Se cae.)

MIEDOSO SEGUNDO

¡Ay, señor! ¿Qué es lo que pasa?

(Se cae también.)

MIEDOSO TERCERO

Por lo que veo son duendes, si la vista no me engaña. No... pue... do tener... me en pie...

(Se cae.)

PEDRO

¡Atención, mis camaradas! Soy la quinta del cuarenta, que viene hasta vuestra casa para recoger valientes que sepan dar la batalla y estén dispuestos a dar valientemente la cara. Tú puedes servir.

MIEDOSO PRIMERO

Yo enfermo me siento desde la infancia.

PEDRO

Y tú también.

MIEDOSO SEGUNDO

¿Yo? Yo estrecho soy del pecho y de la espalda.

PEDRO

Y tú.

MIEDOSO TERCERO

Yo me quedé zurdo, y en mis manos sería el arma igual que una escoba vieja.

PEDRO

No os rebajéis. La patria reclama vuestro heroísmo y vuestro valor sin tacha.

MIEDOSO PRIMERO

¡Yo muero!

MIEDOSO SEGUNDO

¡Y yo!

MIEDOSO TERCERO

¡En la garganta siento perder el aliento!

JUAN

(Tirando las sábanas.)

¡Venid, asomad, muchachas!

(Entran las chicas, y con JUAN y PEDRO forman una rueda, dejando a los MIEDOSOS en medio, mientras les cantan.)

Te levantas con miedo, con miedo andas, y te recoge el miedo siempre en volandas. Si yo tuviera una falda de sobra, yo te la diera.

MARIA

(Cambiando de tono.)

De pocas cosas se asustan los hombres en nuestra casa. Si estuviérais en el frente...

MIEDOSO PRIMERO

Es que nadie lo esperaba; tan de improviso, tan brusco...

MIEDOSO SEGUNDO

Yo supuse que bajaba un agente del diablo para llevarme al Jarama, digo al infierno.

MARIA

Y tú, ¿qué pensaste?

MIEDOSO TERCERO

Yo, del susto no pensé nada.

CARMEN

¡Vaya tres sacos de miedo andando en el suelo a gatas! Poneros pronto de pie y ajustaros las enaguas, que no me gustan mujeres que de nada se acobardan.

MIEDOSO PRIMERO

Entre amigos esta bromita es demasiado pesada; los sustos tienen a veces las consecuencias muy caras. Una tía mía, de un susto malparió, sin que llegara la hora de echar al mundo lo que guardado llevaba.

MARIA

Pues a lo mejor, a ti, si no te cuidas, te pasa lo que le pasó a tu tía, y antes de que el tiempo haga...

CARMEN

Me ofrezco para madrina.

JUAN

Yo de padrino.

MIEDOSO SEGUNDO

¡Basta!

¿Creéis que porque el susto nos halla quitado el habla no tenemos más valor que muchos en las palabras? ¡Yo soy capaz de dormir en medio de una batalla!

CARMEN

¡Tan chiquitito!

MARIA

¡Tan mono!

JUAN

Se te iba a cortar la cara de tanto frío y tanta lluvia, y eso sería una lástima!

MIEDOSO TERCERO

¡Yo soy capaz de alistarme si mi salud me dejara! Pero me dan por estrecho de pecho.

PEDRO

Y yo de agallas certifico que eres corto.

MIEDOSO PRIMERO

Yo la vista, por desgracia, la tengo tan resentida que ya casi no me alcanza.

MARIA

¡Para mí que no es la vista lo que casi no te alcanza!

MIEDOSO PRIMERO

Pues dígalos lo que digáis, hombre nunca nos falta. Precisamente veníamos a invitar a estas muchachas para ir juntos al baile.

CARMEN

¿Y si alguien nos insultara quién nos iba a defender vistiendo todos de faldas?

(Se rie de ellos.)

MARIA

Y creéis que mientras otros trabajan sobre las fábricas o combaten en el campo contra las gentes extrañas que quieren echar un yugo a nuestra española patria íbamos a ir con vosotros para que echéis una cana. Yo, de ir, iría contenta con un soldado que gasta sus fuerzas en conquistar la independencia de España.

PEDRO

Sois miedosos, sois gallinas, sin más vida que la jaula. Toda la fuerza se os va por la boca y desmandada tenéis siempre esa lengua, que debiera estar callada. Cuando sobre tantos campos la guerra es la que habla deben callarse las lenguas para que rujan las armas. La juventud más valiente está hace tiempo clavada sobre los campos cercados de cañones y alambradas.

MIEDOSO PRIMERO

¿Y vosotros?

PEDRO

Hasta hoy estábamos en la fábrica, pero ahora le dejamos nuestro puesto a las muchachas y reclamamos un puesto al pie de las avanzadas. Tengo dieciocho años, pero con ellos me basta para tener el coraje que en el combate hace falta. Mis manos sabrán hacer explotar cada mañana cien bombas que harán caer otras tantas alimañas.

MIEDOSO PRIMERO

¿Creés tú que por ir yo se acabaría en seguida la guerra y que en un instante nuestra victoria vendría? Soy joven, por eso trato de asegurar bien mi vida.

CARMEN

Sois jóvenes y tenéis las venas tan desprovistas de sangre, que al primer ruido las piernas se os debilitan y dais con ellas en tierra para que mueran de risa todos los que os ven caer tan faltos de gallardía. Ahora que la patria os llama, ahora que se necesita toda la fuerza de España con toda su valentía, debéis prestar vuestro brazo ante de que se os derritan las manos de estar paradas y el alma de estar marchita. ¿Qué mujer os va a querer viendo tanta cobardía?

MIEDOSO SEGUNDO

¿Qué majer? ¡Tengo mi novia y sé que nunca me olvida!

CARMEN

Será porque ella, la pobre, no entenderá de cocina y quiere cuando se case tener alguien que le sirva. Ella comerá el pescado y tú se lo freirás.



LAS MUCHACHAS

y cuidarías del rorro —aunque el pecho no darías, porque para dar el pecho creo que nunca servirías.

PEDRO

Muchachos, otra ocasión no encontraréis en la vida. Si queréis haceros hombres, si queréis tener la hombría que deben tener los hombres abandonad la apatía que os consume cual si fuera una enfermedad maldita. Apartaros del calor del hogar y la familia.

para que cuando volvais
vuestros padres os reciban
con los ojos orgullosos
de haberos dado la vida.

MIEDOSO PRIMERO

¡Pero el frente está tan lejoso!...
De buena gana me iría,
pero yo sé que mi madre
de pena se moriría.

PEDRO

¿Y crees tú que no hay más madre
que la tuya? Cada día
muchas madres cuyos hijos
eran su única alegría,
quecían sin hijos, sin manos
que le den una caricia.
Si tú comprendes la pena
de tu madre, ¿no oírías
esos millares de llantos,
esos miles de agonías



LA MADRE

de las madres que han perdido
los hijos que eran su vida?
¿No sabes que por la noche
cuando tu madre, tranquila,
duerme su sueño, otras madres
lloran, llaman, claman, gritan
los nombres de tantos hijos
que la guerra, día a día,
ha ido cubriendo de polvo
sobre las llanuras frías?
Esas madres, cuando gimen,
con sus lamentos te gritan
a ti, que estás inactivo,
a ti, que estás todavía
sordo a tantos sufrimientos,
ciego a tantas agonías.

MIEDOSO PRIMERO

Es verdad. Algunas veces
sueño con ser quien podría
acabar con tantos males.
Lo pienso, pero algo enfra
mi entusiasmo...

PEDRO

Ahora no.
Ahora tendrás osadía,
ahora estás entre nosotros
que con razones o risas
te enseñamos tu camino
para que al verlo lo sigas.

ESCENA V

(Entra la MADRE del MIEDO-
SO PRIMERO.)

MADRE

¿Está mi hijo?

(Viéndolo.)

Ya tienes
el plato sobre la mesa.
Vámonos.

MIEDOSO PRIMERO

(Con decisión.)

¡Pues qué!

ANTONIO APARICIO LOS MIEDOSOS VALIENTES

(Teatro de guerra)

(Final)

Porque ya tengo dispuesta
la mesa que en el uartel
desde hace tiempo me espera.

MADRE

¿Qué dices?

MIEDOSO PRIMERO

Que hoy me marcho
para ir a la trinchera,
a detender ese pan
que pones sobre mi mesa.

MADRE

¡Pero hijo! Tú, tan débil.
¿Tú sabes lo que te espera?
No tendrías ni una almohada
donde apoyar la cabeza.

CARMEN

No se preocupe, señora;
la recostará en la tierra.
¿O es que quiere que su hijo
esté metido entre telas
lo mismo que las mujeres?
Los hombres van a la guerra,
y así se hacen más hombres.
Verá cuando su hijo vuelva
cómo está fortalecido
por los aires de la Sierra,
por el sol de los estíos
y el agua de las tormentas.

MIEDOSO PRIMERO

¡Nadie lo podrá impedir!
Yo quiero que usted prefiera
tener un hijo valiente
y que sepa defenderla.

(A sus amigos.)

¿Y vosotros?

MIEDOSOS SEGUNDO Y TERCERO

Nos iremos
también contigo a la guerra.

JUAN

¡Nos iremos todos juntos!

CARMEN

Llevaréis una bandera
que vamos a hacer nosotras,
roja como la candela,
amarilla como el trigo,
morada como la espera.
Cuando la tengáis allí,
sabad que alguien os recuerda.

MIEDOSO SEGUNDO

¿Nos recordaréis vosotros?

MARIA

¿Por qué no, si en esta guerra
tenemos todas las chicas
nuestras esperanzas puestas?

MIEDOSO PRIMERO

¿Y escribiréis?

MARIA

De seguro
os llegarán cartas nuestras.

MIEDOSO PRIMERO

¡Entonces venga alegría
y que se acaben las penas!

PEDRO

¡Las juventudes de España
sabrán ganar la pelea!

(Todos, alegremente, dan vivas
y hurras. El MIEDOSO PRIME-
RO se acerca a la madre, que llora,
y le canta, dándole un beso
mientras baila ante ella.)

MIEDOSO PRIMERO

¡Seque ya ese llanto,
deje ya esas lágrimas!

CARMEN

¡A cantar, muchachos!

JUAN

¡A bailar, muchachas!

PEDRO

Por las carreteras
más claras de España,
millares de jóvenes
a la guerra marchan.
Por el monte suben,
por el monte bajan;
la tarde les besa
a todos la cara.

MARIA

(Recitando.)

¡A la guerra,
contra los negros rublados
que amenazan nuestra tierra!

TODOS

¡A la guerra!

MARIA

Con armas resplandecientes
vienen del cielo volando,
mas todos irán pagando
tantas vidas inocentes.

¡A la guerra!
Las juventudes de España,
a conquistar con su hazaña
libertad, cultura y tierra.

TODOS

¡A la guerra!

PEDRO

Con la juventud
nacé la esperanza;
cueste lo que cueste,
la guerra se gana.

CARMEN

¡A cantar, muchachos!

MIEDOSO TERCERO

¡A bailar, muchachas!

MARIA

(Cantando.)

MI novio es un soldado;
mucho le quiero;
cuando viene del frente
le doy un beso.
Y si viniera
veinte veces al día,
veinte le diera.
De lo que hay en el mundo,
lo que más quiero
es ganarle la guerra
al extranjero.
Porque en ganando,
me ha jurado mi novio
que nos casamos.

PEDRO

Hombres y mujeres
a la guerra van:
ellas, al trabajo;
ellos, a luchar.



LOS MUCHACHOS

JUAN

Aunque nos faltara
el agua y el pan,
resistiendo firmes
sabremos triunfar.

CARMEN

¡La sangre de hoy
es la paz mañana!

TODOS

¡Pronto cantaremos
el triunfo de España!

FIN DEL CUADRO

REPLICA AL DOCTOR MARAÑÓN

Los intelectuales asesinados

Por FELIX GORDON ORDAS

Publicamos los principales apartes
del vibrante artículo de respuesta a
Gregorio Marañón, escrito en Méjico
por el ministro de España en ese
país, don Félix Gordón Ordás.

“Una vez más, con nombres que son
testimonio irrefutable, se prueba cómo
el fascismo es el enemigo número
uno de la cultura, la nueva Edad Me-
dia, que trata de echar atrás las con-
quistas de la civilización humana.

A mí me consta que no han podido
salir de Valladolid el catedrático de
Física en aquella Universidad, don
Arturo Pérez Martín, y el cultísimo
crítico literario don José Antonio
García Santesmases; ni de Zaragoza,
los hermanos Minuesa, catedráticos
ambos de la Facultad de Medicina;
el también catedrático de dicha Fa-
cultad, reputado como uno de los cir-
ujanos más eminentes del mundo,
doctor Luis Pérez Serrano; los doc-
tores médicos hermanos Alcrudo; el
arquitecto don Francisco Alomana y
los redactores del “Diario de Aragón”
don Francisco Pousa, don Froilán
Miranda y don Rafael de la Rosa;
ni de La Coruña, el profesor Suárez
Ferrín, director de la Escuela de Tra-
bajo; ni de Arzún, el doctor Cavalo,
profesor ayudante de la Facultad de
Medicina de Madrid; ni de Granada,
el doctor Romero Polanco, decano de
la Facultad de Filosofía y Letras; los
catedráticos doctores Alvarez Sala-
manca y López Uceda; el presidente
del Sindicato de Maestros, don Pedro
Fernández; el ingeniero jefe de Obras
Públicas, don Antonio Santa Cruz; el
director de “El Defensor de Grana-
da”, don Constantino Ruiz Carmeno,
y el doctor médico don Saturnino Re-
yes; ni de Orense, el profesor don Ja-
cinto Santiago, catedrático de la Es-
cuela Normal de Maestros; el perio-
dista don Roberto Blanco Torres y el
maestro don Eligio Núñez; ni de Vi-
go, los doctores médicos don Luis Fo-
za Pastrana y don Telmo Hernández;
el abogado don José Adrio Barreiro,
el agudo escritor don Alejandro Bó-
veda y el maestro señor Agrio Mañá;
ni de Tuy, los doctores médicos Díaz
Jurado, Alvarez Limeses y Domínguez
de León; ni de Burgos, el maestro
compositor don Antonio José y el se-
ñor Martínez Elorza, director de la
Cárcel Modelo de Madrid; ni de Se-
govia, el doctor Trillo; ni de Palma

de Mallorca, el periodista don Teófi-
co Sevilla; ni de León, los doctores
Romero Flores y Santamaría, cate-
dráticos del Instituto provincial; el
profesor don Rafael Alvarez, jefe de
los inspectores de Primera enseñanza;
el doctor Zuloaga, abogado del Esta-
do; el pintor don Modesto Sánchez
Cadenas, los letrados don Ramiro Ar-
mesto y don Alfredo Barte, y los pe-
riodistas don Onofre García y don Mi-
guel Castañón; ni de La Vella, el pro-
curador don Ildelfonso Ordóñez; ni de
La Línea, el inspector veterinario don
Manuel Fabra Capote; el doctor don
Fermín Martínez López, director del
Sanatorio Municipal; el farmacéutico
don Evaristo Ramos Cadenas, direc-
tor del Laboratorio Municipal, y la
maestra doña Gertrudis Ríos Marín;
ni de Ceuta, el doctor médico señor
Sánchez Prado; ni de Méjico, los do-
ctores Martín Peña y Solís; ni de Can-
gas de Narcea, el matrimonio de
maestros don Ceferino Farjante y do-
ña Balbina Gallo, directores de las
escuelas graduadas de aquella locali-
dad; ni de Pamplana, el doctor Artz;
ni de Sevilla, el doctor Trejo, cate-
drático y los doctores Relimpio Pue-
yes y González de Labandera; ni de
Salamanca, el profesor Andrés y Man-
so, catedrático de la Escuela Normal
de Maestros; ni de Logroño, el pro-
fesor don José María Amado, direc-
tor del Laboratorio Municipal; el do-
ctor Alfonso Fernández Morera, presi-
dente de la Audiencia territorial de
Barcelona; el doctor José Montero y
los abogados don Julio Rulpérez y don
Luciano Martínez Méndez; ni de
Egea de los Caballeros, el doctor Gon-
zález Gamonal, notario y registrador
de la propiedad; ni de El Ferrol, el
doctor médico don Jaime Quintani-
lla; ni de Sada, el periodista don
Juan Antonio Suárez Picallo; ni de
Vigo, el doctor Marañón por qué
no pudieron salir de la zona rebelde
estos profesores e intelectuales? Pues
no pudieron salir porque han sido
asesinados. ¿Se enteró bien el doctor
Marañón? Han sido asesinados. ¿Lo
oye? ASESINADOS. Y aún forman
legión los nombres omitidos. Porque
a quien más odian los rebeldes es pre-
cisamente a los intelectuales, y de en-
tre éstos, a los maestros de enseñanza
primaria, en cuyas filas han hecho
una poda feroz y escalofriante.”

AQUI UN CORAZON ATRAVESADO

Por José RIVAS PANEDAS

Aquí un corazón atravesado,
aquí donde morir es nacer vida,
se convierte en hermoso abanderado,
y en flor, luego en jardín, también la herida.

Aquí la sangre no corre, que vuela,
y volando se va a climas peores,
en donde espera la esperanza en vela,
e instaura allí una sucursal de flores.

Aquí el plomo que rompe, se trastoca
en plata, luego en oro y en brillante;
todo reluce y brilla, si toca,
que sí, a lo tocado hace triunfante.

Aquí el fuego no prende ni las llamas,
aunque algo haya que prenda por ellas;
pues, fuego, en el alto río te derramas
y así preparas las cosechas bellas.

Aquí el llanto cristaliza en diamante,
y como él, pero invisible y más fino,
sabe, a la vez presente y distante,
cortar... nuestro propio camino.

Aquí el hierro tonante, la violencia,
lo agudo, lo que rasga, odio, dolor;
todo se estrella en muro de paciencia,
o se hace estrellas, para decir mejor.

¡Pues aquí la muerte se cambia en sus paños
en curva rosada que luz envía;
aquí los tira y la agranda a los años
que verán romper de la muerte el día!

LA ALIANZA EN CHILE

La Alianza de Intelectuales An-
tifascistas de Chile sigue desarrollan-
do, bajo la dirección de Pablo Neru-
da, un intenso trabajo en favor de
España republicana y de los intelec-
tuales perseguidos por el fascismo.
Hace poco, en el espacioso Teatro-
Circo Caupolicán, se pasó la cinta
“Fuego en España”, con una concu-
rrencia de más de quince mil perso-
nas. Cada pasaje de la película fue
explicado extensamente por Neruda,
lo que hizo que el público se desbor-
dara en una ola de delirante entu-
siasmo por España. Hablaron también
en esa ocasión el intelectual argen-
tino Ricardo Tudela y varios otros
representantes de países hermanos.
Todos fueron largamente aplaudidos.
Otro día, en la Universidad, se hizo
un homenaje a Freud, con los mismos
halagadores resultados. Ahora se pre-
para un homenaje a Ponce y a Valle-
jo, y además se tiene en perspecti-
va la inauguración de la Semana del
Libro Antifascista y un gran acto en so-

lidaridad con los intelectuales de Ma-
drid. Un aplauso para los dirigentes
camaradas chilenos.

Ultimamente, la Alianza de Intelec-
tuales de Chile ha publicado un
folleto sobre los problemas de la pro-
piedad literaria, donde se combaten
unas frases despectivas que José Or-
tega y Gasset, en una carta a Victo-
ria Ocampo, se permite en contra de
los intelectuales chilenos, acusándoles
de complacencia con los editores cis-
destinos.

La respuesta incluye una serie de
documentos demostrando precisamen-
te lo contrario, y se advierte en ellos
que uno de los escritores que se han
negado siempre a participar en el mo-
vimiento editorial “legal” de Chile
—en lucha contra el editor sin escri-
pulo— es precisamente el mencionado
Ortega y Gasset. Y aquí viene bien
aquello de que “siempre habla quien
tiene más que callar”.